



EDITA
COFRADÍA DEL STMO. CRISTO
DEL REFUGIO

DOMICILIO SOCIAL
PLAZA SARDOY 2. 30003. MURCIA
WWW.CRISTODELREFUGIO.ES
FB.COM/CRISTODELREFUGIO

FOTOGRAFÍA
FRANCISCO JAVIER ASUNCIÓN LÓPEZ (KIKO)

FOTOGRAFÍA MEMORIA
JUANCHI LÓPEZ
ARCHIVO DE LA COFRADÍA

COORDINADORES
MANUEL AYUSO MEDINA
DOMINGO GARRIGA PUERTO

MAQUETACIÓN
ATOSÍO

IMPRIME
IDE PAGÁN

Las fotografías son propiedad de sus
autores y quedan sujetas a lo que la
ley de Propiedad intelectual establece
para su reproducción o transmisión.
La dirección de la revista no se hace
responsable del contenido de los artículos
ni de las opiniones vertidas en los mismos,
que serán responsabilidad exclusiva
de sus autores

DEPÓSITO LEGAL
MU-403-1999 N°28 AÑO 2026



COFRADÍA DEL
SANTÍSIMO CRISTO
DEL REFUGIO
(PROCESIÓN DEL SILENCIO)
MURCIA

REVISTA SILENCIO
PARA VER Y COMPARTIR



FILM - PROCESIÓN
2025 COFRADÍA
DEL REFUGIO



índice

07	Este año tenemos un importante reto José Manuel Lorca Planes <i>Obispo de Cartagena</i>	31	Los derechos del silencio Juan Carlos Morejón de Girón Bascuñana <i>Delegado de la ONCE en la Región de Murcia</i>
09	Saluda 28° Revista “Silencio” 2026 Cofradía del Stmo. Cristo del Refugio José Ballesta Germán <i>Alcalde de Murcia</i>	32	1976: Un año para el cambio (Político y Nazareno) José Emilio Rubio Román
10	Yo he vencido al mundo Javier Crespo López <i>Párroco de San Lorenzo</i> <i>y Abad de la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio</i>	35	Mi Refugio Teresa Jesús Rodríguez Hernández <i>Cofrade</i>
13	83 Aniversario Ignacio Sánchez - Parra Servet <i>Hermano Mayor</i>	36	Víacrucis. Duodécima Estación. Jesús muere en La Cruz. Versión poética de tres Clásicos Españoles (II) Antonio Martínez Cerezo
15	En la noche en Silencio, la luz del Refugio guía el corazón de Murcia José Ignacio Sánchez Ballesta <i>Presidente del Real y</i> <i>Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías de Murcia</i>	40	El Aroma del Silencio: El incienso y su unción en La Noche del Jueves Santo Murciano Luis Ferrer Pinar <i>Cofrade</i>
16	El Abrazo del Silencio Jesús Pacheco Méndez <i>Concejal de Turismo, Comerio y Consumo</i>	42	La Fe es nuestro refugio José Fidel Saura Guerrero <i>Cofrade</i>
18	Agradecimiento Nazareno Antonio Barceló López <i>Nazareno del Año 2025</i>	44	Que suerte tenéis de vivir en Murcia Maximiano Garces de los Fayos Sostoa <i>Cofrade</i>
23	Al Cristo del Refugio Lorenzo Tomás Gabarrón <i>Dr. Arquitecto. Presidente</i> <i>JM Distrito Centro Este Murcia enero de 2025</i>	46	La Cantera José Pedro Moreno Díaz <i>Cofrade</i>
24	San Lorenzo y el atentado de Domingo de Ramos Juan Antonio De Heras y Tudela	49	En ti encontramos Refugio, Señor Vicente Martínez Ruiz <i>Cofrade</i>
26	En la ciudad de Belén os ha nacido un Salvador Alberto Castillo Baños <i>Cofrade Murciano</i>	51	El Silencio en Murcia
28	Yo vi llorar a Dios Álvaro Hernández Vicente <i>Pregonero de la Semana</i> <i>Santa de Murcia 2025</i>	64	La Capilla del Cristo del Refugio Manuel Ayuso Medina <i>Cofrade</i>
		75	Memoria de Actos



Este año tenemos un importante reto

Carta a las 713 hermandades y cofradías de la Diócesis de Cartagena

José Manuel Lorca Planes

Obispo de Cartagena

Que Dios os bendiga a todos los hermanos cofrades, a todos los que estáis viviendo ya desde ahora una Semana Santa intensa, nueva y cargada de esperanza en la cercanía de nuestro Señor. En este tiempo, la Iglesia celebra los misterios de la salvación actuados por Cristo en los últimos días de su vida entre nosotros, comenzando por el Viernes de Dolores y su entrada mesiánica en Jerusalén. Para nosotros es una semana grande, puesto que constituye el centro y el corazón de la liturgia y de la vida de la Iglesia durante todo el año. Pensad que lo que celebramos los cristianos es el misterio de la redención. Los cristianos de la antigüedad estaban bien persuadidos de su grandeza.

Es importante entrar en la Semana Santa con un espíritu de paz interior y de recogimiento, aunque para vosotros sean días de actividad frenética, porque preparar a la cofradía, cuidar y organizar bien las procesiones os lleva mucho tiempo y estáis absorbidos en estas tareas, pero es un reto no perderos la serenidad y la calma que merece la Semana Santa. ¿Quién dice que es imposible sacar tiempo para dedicarlo a Dios? Al menos, podría ser interesante buscar espacios para atender con paz la propuesta de procesión que nos ofrecen las otras cofradías por las calles de nuestra ciudad o pueblo o, sencillamente, participar en los Oficios de Semana Santa en la comunidad parroquial y poder escuchar en silencio meditativo la Palabra de Dios, la pasión de nuestro Señor en el calvario y el gozo de la resurrección. No descartéis esta oportunidad a pesar de las múltiples complicaciones que tiene vivir en este mundo tan complejo. Buscad los espacios de paz y serenidad que son tan necesarios. Pensad si está a vuestro alcance, a ver si lo conseguís este año.

¹ Cf. VINCENT RYAN, Cuaresma y Semana Santa. Madrid



La Cuaresma ha sido un largo viaje, un tiempo de trabajo y disciplina, pero ahora, en la Semana Santa, el barco entra en el puerto y ha llegado el momento de descansar en la pasión de Cristo. De lo que se trata es de respirar un poco, de escuchar con atención la Palabra, el pensamiento del amor de Dios, que está en el origen de todos los acontecimientos que conmemoramos en esta semana: «Porque tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo unigénito» (Jn 3, 16). Toda la pasión fue motivada por amor, el amor de Dios hecho visible en Cristo. El evangelio de san Juan nos lo confirma: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1).

Todavía hay mucho que aprender de la devoción de los primeros cristianos de Jerusalén, donde Jesús sufrió su pasión, muerte y resurrección. Los escritos de aquella experiencia se conservan y nos ayudan mucho a los hombres y mujeres de este siglo XXI¹.

Es verdad que los cristianos de Jerusalén tenían la ventaja de estar más cerca del Señor en el tiempo y en el espacio; pero no por eso nuestra devoción ha de ser menor. Después de todo, participamos en los misterios de Cristo no mediante imaginación o sentimiento, aunque estos tengan también su cometido, sino por la fe y los sacramentos. Pensad que, en la liturgia de Semana Santa, la Iglesia revive en la fe el misterio salvador de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Os deseo a todos una Semana Santa vivida en la esperanza y en la paz de Dios.

+ José Manuel



Saluda 28° Revista

“Silencio” 2026

Cofradía del Stmo. Cristo del Refugio

José Ballesta Germán

Alcalde de Murcia

Murcia se recoge en el silencio de la noche del Jueves Santo para acompañar, con respeto y recogimiento, al Santísimo Cristo del Refugio. En ese silencio profundo, que dice más que cualquier palabra, nuestra ciudad reafirma su identidad, su fe y su historia. La iglesia de San Lorenzo Mártir se convierte en punto de encuentro de familias y amigos que disponen el alma y el corazón para dar solemnidad y veneración a una noche donde las voces callan y las calles se vuelven oscuras ante el paso del Crucificado.

La Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio ha sabido conservar, a lo largo del tiempo, el espíritu más puro de la Semana Santa murciana: la sobriedad, la oración y la contemplación. La Procesión del Silencio no es solo un desfile penitencial, sino un acto íntimo de reflexión colectiva que une a generaciones de murcianos bajo la luz tenue de los faroles y el sonido contenido de los pasos.

Murcia vive su Semana Santa como una expresión única de fe, cultura y tradición. Entre sus cofradías, la del Santísimo Cristo del Refugio ocupa un lugar muy especial por la solemnidad de sus actos, la entrega de sus cofrades y la emoción que despierta en miles de murcianos y visitantes que encuentran en vuestro Titular un símbolo de consuelo y esperanza.

Deseo que esta Semana Santa sea nuevamente un tiempo de espiritualidad, convivencia y tradición compartida. Que el Santísimo Cristo del Refugio siga siendo amparo y consuelo para nuestra ciudad, y que su caminar silencioso por las calles de Murcia continúe invitándonos a la esperanza, a la solidaridad y al compromiso con los valores que nos unen a todos los nazarenos y murcianos.

Yo he vencido al mundo

Javier Crespo López

Párroco de San Lorenzo y Abad de la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio

A la luz de la fe en la resurrección vemos en el acto de entrega de Cristo el mayor gesto de amor que Dios podría mostrar al mundo.

Cercana ya una nueva Semana Santa, y volviendo los ojos y el corazón a nuestra imagen del Cristo del Refugio, quisiera considerar brevemente unas palabras que Jesús dirigió a sus apóstoles momentos antes de salir para el Huerto de Getsemaní, es decir, momentos antes de ser apresado y ajusticiado. Sus palabras fueron estas: «Yo he vencido al mundo». Una vez más... sorprendentes palabras. Es el apóstol Juan el que las recoge en su evangelio.

En verdad la frase completa fue: «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). Por el contexto, está claro que Jesús trata de infundir ánimo y confianza en sus discípulos, especialmente, en los momentos de tribulación. No obstante, ¿quién, a punto de morir, se atreve a decir que ha vencido al mundo? ¿De qué victoria habla si sabe perfectamente que va a ser torturado y crucificado? ¿A qué mundo se está refiriendo? Jesús no dice yo voy a vencer sino yo ya he vencido, se trata de una victoria permanente; no dice venceré a los adversarios que tratan de darme muerte; nunca dijo venceré con la fuerza y la violencia. En el momento de la Pasión, todos los apóstoles, excepto san Juan, huyen, se escandalizan; ven la flagelación como una humillación, las injurias e insultos como una injusticia, la crucifixión como la derrota definitiva. Los discípulos de Emaús, rotas sus esperanzas, volvían a su pueblo abatidos, confusos y derrotados.

Sin embargo, tú y yo, cristianos, creyentes del siglo XXI, miramos cualquier crucifijo, miramos al mismo Cristo del Refugio, con su semblante dolorido pero sereno, y decimos... parece un hombre derrotado, pero no lo es; parece la imagen de la derrota de Dios, pero no es verdad. ¿Cómo es posible que en el crucificado no veamos la derrota de Dios sino su victoria? El acontecimiento de la resurrección de Cristo es el que ha dado el significado justo al por qué de la Cruz. Por eso, el fracaso no era más que aparente; precisamente en aquellos mismos momentos era cuando Cristo vencía; a los ojos del mundo, desde el punto de vista humano, Jesús era un vencido; pero a los ojos de Dios Padre, era el vencedor del príncipe de las tinieblas y del mundo: «Confiad, yo he vencido al mundo».

A la luz de la fe en la resurrección vemos en el acto de entrega de Cristo el mayor gesto de amor que Dios podría mostrar al mundo. Había dicho Jesús: «Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente» (Jn 10, 18). Esa fue su misión, entregar su vida. Él mismo se lo dice claramente a Nicodemo: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito...» (Jn 3, 16). No sólo entregarlo al mundo sino entregarlo a la muerte por el mundo. Porque Dios envió a su Hijo al mundo no para condenarlo sino «para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 17). ¡Dios Padre nos entregó a su Hijo para que tuviéramos vida!, ¡vida eterna! Pero para ello, es necesario creer en el Hijo.

El envío de Jesús, por parte del Padre, no tiene otro objetivo que salvar al mundo. Un mundo creado por Dios, un mundo amado por Dios, un mundo necesitado de salvación. ¿En qué sentido hablaba Jesús del mundo? El mundo como humanidad caída necesitada de redención, el mundo en cuanto que una vez se introdujo el pecado del hombre se opone a Dios. Este mundo ha sido vencido. Victoria sobre el pecado y la muerte. Al decir «he vencido», Jesús está ya pensando en su sacrificio en la Cruz y en su Resurrección, que van a destruir el poder del mal, el pecado y la muerte sobre la humanidad.

¿Y nosotros? Igual poder de vencer al mundo da Jesús a sus discípulos. Por eso, Jesús se despide de los discípulos, fortaleciendo su confianza con la certeza de su victoria sobre el mal y la muerte. Es su último deseo que estén siempre en paz, cualquier que sea la aflicción que sientan en el mundo. «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo».

¿De qué manera nos hace partícipes de la victoria? Mediante la fe en Él. A lo largo de la historia, la injusticia, los desórdenes y las desigualdades en el mundo seguirán siendo causa de muchos sufrimientos. Por eso, los deseos de paz que Jesús expresa a sus discípulos no buscan solamente animarlos, sino moverlos a asumir el compromiso de ser, en medio de la oposición y tribulaciones del mundo, testigos de su triunfo, por eso su exclamación firme y convincente: «Yo he vencido al mundo». Es lo que sostendrá la confianza del cristiano en toda circunstancia por adversa que sea.

Estimados cofrades que un año más participáis en la solemne Procesión del Silencio el próximo Jueves Santo, no olvidéis que la victoria de Cristo es la garantía de que el sufrimiento del creyente tiene un propósito y un final victorioso, es verdad que no estaremos exentos de tribulación pero tampoco de su gracia. Jesús mismo nos anima a ser fuertes, ¡recuerda siempre que Cristo ya ha vencido!

Miremos a Cristo Crucificado y aprenderemos qué significa amor.

83 Aniversario

Ignacio Sánchez - Parra Servet
Hermano Mayor

“Es momento de agradecer a todos los que han sostenido esta cofradía durante estos 83 años: a nuestros mayores, que nos enseñaron a caminar con humildad; a los hermanos que ya partieron y hoy nos acompañan junto al padre..”



COFRADÍA DEL
SANTÍSIMO CRISTO
DEL REFUGIO
(PROCESIÓN DEL SILENCIO)
MURCIA

Con el alma recogida y el corazón lleno de gratitud, en este año 2025 conmemoramos el 83^a aniversario de nuestra querida Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio.

Son ya más de ocho décadas de FE, SILENCIO, y COMPROMISO, que han forjado una cofradía sólida, viva y profundamente arraigada en el alma de Murcia. Cada Jueves Santo, cuando la ciudad calla y se apaga el bullicio, el Cristo del Refugio sale al encuentro de nuestra querida Murcia. Y en la intimidad de la noche, su presencia nos envuelve y nos habla sin palabras, al corazón, porque la Procesión del Silencio no necesita voz para conmover; basta con el paso firme de los cofrades, las ceras encendidas y la mirada serena de nuestro Cristo, para entender que en ese instante la fe se hace carne y esperanza.

En este aniversario también es momento de agradecer, agradecer a todos los que han sostenido esta cofradía durante estos 83 años: a nuestros mayores, que nos enseñaron a caminar con humildad; a los hermanos que ya partieron y hoy nos acompañan junto al padre; y a cada uno de vosotros, los cofrades, que seguís llevando esta llama encendida con orgullo, respeto y devoción. También es motivo de celebración, porque reconocemos la entrega y el compromiso de quienes han destacado este año en su labor social y cofrade:

- Nazareno De Honor 2025: Doña Teresa Jesús Rodríguez Hernández, cofrade siempre dispuesta y trabajadora incansable, un lujo tenerla en la Cofradía.
- Cofrade Portapasos Distinguido: Don Francisco José Moya y Faz, un enamorado del Cristo del Refugio, y que forma desde hace mucho tiempo parte de la Junta Directiva.
- Cofrade Adscrita Distinguida: Doña Consuelo González Sánchez, Cofrade con una antigüedad de más de 30 años, fiel al Cristo del Refugio.
- Cofrade Distinguido: Don Emilio Sánchez - Parra Jaén, conocido como el “Tío Emilio”, lleva con el Cristo del Refugio 83 años, siempre en la sombra, y siempre dispuesto a lo que se le ha requerido.

Menciones Especiales:

- Nazareno del año 2025 Don Antonio Barceló López.
- 20 Aniversario de la Asociación de Nazarenos Murcianos, 20 años evangelizando por toda la Región de Murcia.
- Por su colaboración con la restauración de la capilla del Cristo Don Higinio Martínez Morote, trabajador incansable y un enamorado del Cristo del Refugio.
- Por su colaboración en las Charlas de Formación de la Cofradía la Filmoteca Regional de Murcia “Francisco Rabal”, siempre desinteresada.
- Vigésimo Quinto Memorial Ramon Sánchez-Parra Jaen: Orfeón Murciano “Fernández Caballero”, siempre al lado del Cristo del Registro, un lujo tenerlos con nosotros.
- Insignia De Oro: Don Ramón Sánchez-Parra Servet, durante 24 años nos has guiado con tu ejemplo, tu paciencia y tu fe. Esta Insignia de Oro no es solo un reconocimiento, sino un abrazo agradecido de toda tu cofradía. Gracias por enseñarnos a servir.

A todos los distinguidos, mi más sincera enhorabuena, pero recordar, que no solo recibís un reconocimiento, sino también una responsabilidad: La de seguir siendo ejemplo de servicio y amor al Cristo del Refugio, muchísimas gracias a todos y cada uno de vosotros.

Que el señor, en su infinita misericordia, nos siga guiando en el camino de la HUMILDAD, LA FE y la FRATERNIDAD. Y que nuestra Cofradía siga siendo refugio, como su Cristo, para todo aquel que lo necesite.

Feliz 83 aniversario.



En la noche en Silencio, la luz del Refugio guía el corazón de Murcia

José Ignacio Sánchez Ballesta

*Presidente del Real y Muy Ilustre Cabildo Superior
de Cofradías de Murcia*

La llegada de nuestra Semana Santa trae consigo un tiempo de mirada interior; un espacio donde Murcia se reconoce en sus tradiciones más profundas. Entre todas ellas, la noche de Jueves Santo ocupa un lugar singular. Cuando la ciudad se apaga y las calles quedan envueltas en la penumbra que solo el respeto puede sostener, se abre paso la procesión del Santísimo Cristo del Refugio, una de las expresiones más íntimas y sobrecogedoras de nuestra fe.

En esa oscuridad serena, un sonido grave y contenido va anunciando el inicio de la procesión: los tambores sordos, cuyo ritmo pausado marca el caminar de la comitiva. No rompen el silencio; lo acompañan. Son un latido solemne que prepara el espíritu, una llamada discreta que invita al recogimiento. Tras ellos, el silencio vuelve a ser protagonista absoluto, custodiado por los pasos lentos y la devoción que lo envuelve todo.

Ese silencio — que no es ausencia, sino presencia plena — es el sello de esta noche. En él caminan los nazarenos, en él laten las plegarias de quienes aguardan el paso del Cristo, y en él se hace presente el Santísimo Cristo del Refugio, humilde y majestuoso, avanzando lentamente por una ciudad que lo contempla en quietud absoluta.

A lo largo del recorrido, las corales que aguardan su llegada elevan sus voces cuando el Cristo se acerca. Son melodías que no irrumpen, sino que

se depositan suavemente en la noche, como una oración compartida. Cada acorde abre un espacio de consuelo y esperanza, recordándonos que la luz de Cristo permanece incluso en la oscuridad más profunda.

La Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio nos ofrece, año tras año, esta lección de sobriedad y de fe. Con sencillez y dignidad, sostiene una de las procesiones más queridas de nuestra ciudad, un verdadero refugio espiritual para quienes buscan en el silencio un encuentro sincero con Dios.

Desde el Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías de Murcia, deseo expresar mi agradecimiento a la Cofradía por su entrega constante, por su fidelidad a lo esencial y por custodiar una tradición que habla directamente al alma murciana. Mi gratitud alcanza igualmente a quienes, con su presencia respetuosa, hacen posible esta procesión única.

Que el Santísimo Cristo del Refugio continúe iluminando nuestras noches, dando consuelo a nuestras incertidumbres y guiando a Murcia con su luz serena. Que el silencio que lo acompaña — precedido por el toque sobrio de los tambores y sostenido por la fe de un pueblo — siga siendo para todos lugar de encuentro y esperanza.

El Abrazo del Silencio

Jesús Pacheco Méndez

Concejál de Turismo, Comerio y Consumo

Hay noches en Murcia que parecen detenerse en el tiempo, noches en que la oscuridad se envuelve de silencio y cada piedra de sus antiguas calles se convierte en testigo mudo de algo más grande que el mundo. Es la noche del Jueves Santo, cuando la enorme luna que corona la ciudad proyecta negras y moradas sombras y el silencio se hace carne.

Desde San Lorenzo, ese templo que fue refugio en tiempos oscuros, comienza a formarse el milagro. Porque es un milagro que, en una época donde el ruido lo invade todo, aún existan lugares en los que el silencio se transforma en plegaria. Los cofrades se han puesto el capuz en la intimidad de sus hogares y han sellado sus labios con una promesa que pesa más que cualquier palabra: el voto de silencio. Desde ese instante, cada uno lleva consigo un universo callado y un océano de sentimientos que solo Él puede comprender.

Las calles se llenan de figuras que caminan como sombras sagradas. No hay caramelos en sus manos, tampoco sonrisas visibles bajo los capuces. Solo existe la determinación de quienes caminan hacia algo más grande que ellos mismos. Y Murcia, la ciudad que habla tanto, que canta tanto, que vive tanto, cada año aprende a callar. Las luces se apagan como si la noche misma se postrara en reverencia.

Son las diez, el sonido de las puertas al abrirse resuena como si fuera el último estertor de la ciudad, y se escapan la luz y las sombras que momentos antes estaban contenidas en el interior del templo. Los toques secos de tambor señalan lo que se aproxima: no es una procesión, es un encuentro; no es un desfile, es una comunión. El pendón, el estandarte y los faroles, que llevan pintadas las estaciones del camino hacia el Calvario, nos recuerdan que cada paso del Cristo es también un paso hacia nosotros. Y, entonces, aparece Él, el Santísimo Cristo del Refugio. En ese momento, el universo colapsa en la

puerta de San Lorenzo y el arte trasciende al artista. Para los cofrades, lo importante es que en esa madera hay algo que emociona hasta las lágrimas, algo que habla sin palabras.

El trono resplandece en la oscuridad y una campana marca el ritmo con un sonido metálico y solemne que ordena los pasos, así como guía el caminar. Entonces, el Cristo —elevado sobre hombros— empieza su viaje por las calles de la ciudad que tanto lo venera.

Hay algo profundamente humano en esta escena: treinta y dos portapasos cargan con el peso de la fe, el compromiso y la tradición; treinta y dos voluntades se funden en una sola y, mientras suben, como en la cuesta del Calvario, por Alejandro Séiquer, avanzan por La Merced y se adentran en la plaza de Santo Domingo. Las voces de los coros empiezan a elevarse: la coral Discantus, el Orfeón Murciano Fernández Caballero, los Auroros de Rincón de Seca, los tunos, los Parrandboleros... grupos de cantos de pasión que, colocados estratégicamente, van rasgando ese silencio que acompaña al Cristo. No lo rompen, lo acarician, pues ese silencio no es ausencia, sino presencia, es la presencia de todos los que callan para escuchar mejor.

Y el pueblo, ese pueblo murciano que siente y vive tanto su Semana Santa, permanece en las aceras oscuras, ha aprendido a guardar silencio, a respetar el voto de los cofrades y a entender que hay momentos en los que callar es la forma más elocuente de rezar. Algunos niños en brazos de sus padres intuyen que están presenciando algo sagrado. Hay ancianos que sienten cómo se les eriza el vello porque llevan décadas viendo pasar a este Cristo y cada año les conmueve como si fuera la primera vez.

La procesión avanza como un rosario de perlas de luz por Trapería, gira para adentrarse en la imponente plaza del Cardenal Belluga y rodea la Catedral que parece bendecir su paso. Los Apóstoles, la plaza Cetina y el regreso a San Lorenzo. Dos horas de silencio donde el tiempo se detiene y Murcia deja de ser una ciudad del siglo XXI para volverse algo atemporal.

Hay familias enteras que llevan generaciones vinculadas a esta cofradía. Por ejemplo, los Sánchez-Parra, cuyo nombre es sinónimo del Refugio, así como otras generaciones que han dedicado su vida a este Cristo, a este silencio. Madres, padres, abuelas y

abuelos han visto partir a sus descendientes cubiertos por el capuz morado, sabiendo que no oirán su voz hasta que regresen. Y en ese no escuchar, en ese esperar, hay también un acto de fe.

Porque la Procesión del Silencio no es solo lo que se ve en las calles. Da inicio mucho antes, en el corazón de cada cofrade que decide, un año más, renovar su compromiso. Comienza en las reuniones donde se planifican los detalles, en los ensayos silenciosos y en las oraciones privadas.

La historia de esta cofra día nace de la guerra, aquellos días oscuros cuando San Lorenzo fue refugio para quienes huían del terror. El templo protegió vidas y, cuando todo terminó, un grupo de murcianos decidió honrar esa protección. Ramón Sánchez-Parra García, Enrique Ayuso Serrano, Jesús López Pujol son nombres que no merecen ser olvidados, hombres que fundaron esta cofradía con un propósito claro: recordar el momento de la muerte de Cristo con severidad y un silencio riguroso.

Y así fue, salió con el primer plenilunio de la primavera de 1943 la primera procesión del silencio en Murcia, pionera que abriría el camino para que otras cofradías siguieran su ejemplo: el Rescate, la Salud, el Yacente, la Fe. Todas estas aprendieron del Refugio que el silencio puede ser más elocuente que mil cornetas.

Hoy, más de ochenta años después, la procesión es la misma y a la vez completamente distinta. Cada Jueves Santo es único e irrepetible porque no hay año en el que nuevos cofrades no vistan por primera vez la túnica negra con el capuz morado. Una vez más, habrá quien lllore recordando a quienes ya no están pero que procesionaron durante décadas. Así, cada año hay nuevos espectadores que ven pasar al Cristo y sienten algo que no pueden explicar, pero que llevarán en su corazón para siempre.

Y en esellanto, en esa emoción, en ese estremecimiento que recorre la espalda cuando aparece el Cristo en la puerta de San Lorenzo, está el verdadero significado de la cofradía. No se trata de datos históricos ni de perfecciones artísticas, sino de una fe viva, una tradición que se transmite de generación en generación, amor a un Cristo que ha acompañado a los murcianos en sus alegrías y en sus penas.

Hay algo profundamente reconfortante en saber que, pase lo que pase en el mundo, cada Jueves Santo el Cristo del Refugio saldrá en procesión, las calles se oscurecerán, los cofrades guardarán silencio y toda Murcia se detendrá a contemplar el misterio. En tiempos de incertidumbre, esto es un ancla. En tiempos de ruido, esto es un oasis.

Y cuando el Cristo regresa a su templo, cuando las puertas de San Lorenzo se cierran tras Él hasta el próximo año, algo queda en el aire. Un aroma de incienso y devoción, un eco de cantos, la promesa silenciosa de que volverá, pues el Refugio siempre vuelve, como vuelve la primavera. Cuando los cofrades regresan a sus hogares, se quitan el capuz y vuelven a hablar, ya no son los mismos que salieron horas antes. Algo ha cambiado en ellos, algo sutil, pero profundo. Cargar simbólicamente la cruz durante dos horas, caminar con el silencio, ser parte del misterio... eso transforma.

Porque al final se trata de transformación, de permitir que esa imagen de madera tallada hace siglos nos cambie el corazón, de dejar que el silencio nos hable más fuerte que cualquier sermón, de aprender que, a veces, callar es la oración más perfecta.

El Cristo del Refugio no pide nada extraordinario, solo pide que lo acompañemos en silencio, que caminemos con Él por las calles oscuras de Murcia, que compartamos su dolor y su amor. Así, a cambio, nos ofrece lo que solo Él puede dar: paz en medio del caos, luz en medio de la oscuridad, refugio cuando más lo necesitamos. Cada cofrade lo sabe, cada murciano lo intuye y cada Jueves Santo, cuando el tambor suena y el Cristo aparece en la puerta del templo, todos recuerdan por qué esta procesión es única, por qué el silencio es sagrado y por qué, después de más de ocho décadas, sigue emocionando hasta las lágrimas.

Porque no es una representación, es fe hecha caminar, es el abrazo del silencio que nos recuerda que, en lo más profundo de nuestro ser, todos necesitamos un refugio en que hallar consuelo y perdón. Y ese refugio tiene forma de cruz, tiene expresión de dolor redentor, tiene el rostro de un Cristo que cada año sale a buscarnos en la noche.

Y nosotros, agradecidos, salimos a esperarle.

Agradecimiento Nazareno

Antonio Barceló López

Nazareno del Año 2025

Este pasado año 2025 he tenido el inmenso honor de ser nombrado Nazareno del Año, distinción que he asumido con toda humildad, respeto y responsabilidad, pues representar a la gran cantidad de personas que integran todas las cofradías de la Semana Santa de Murcia, no era un asunto menor, sino que ha sido un reto que he intentado cumplir con toda ilusión y esfuerzo, por lo que agradezco a Dios que me haya permitido y ayudado en llevar a cabo este cometido.

Es mi deber agradecer las numerosas invitaciones a actos diversos que he ido recibiendo desde el nombramiento por parte de las Cofradías que integran el Cabildo Superior de Cofradías de Murcia, regalándome vivencias que permanecerán en mi memoria y en mi alma para siempre. Nunca podré devolver todo el cariño que he recibido de todos vosotros, junto a los momentos y atenciones recibidas.

Debo dedicar unas líneas sentidas a mi esposa, Inmaculada, que siempre está a mi lado y en especial a lo largo de este año, del cual me consta también lo ha disfrutado. Así como a mis hijas Verónica y Esther, nazarenas desde su más tierna infancia y continuadoras del amor por Murcia y su Semana Santa. Y por supuesto, sin olvidar a mis padres que partieron junto al Padre y que me educaron en la fe católica.

De mi niñez recuerdo que siempre estaba imaginando una procesión y como con apenas cinco años me escapaba de la mano de mi madre para poder entrar a los templos murcianos. Tampoco puedo olvidar las tardes que pasaba en la Arciprestal del Carmen, en mis inicios de prematuro cofrade, donde descubrí al Señor de la Preciosísima Sangre, despertando en mí ese amor y anhelo desmedido por integrarme en la Cofradía carmelitana.

Desde esas vivencias a la actualidad, todo ha transcurrido muy deprisa, y con ese cúmulo, llegó noviembre de 2024, y el anuncio, tan relevante en mi vida, de ser Nazareno del Año 2025.

Desde aquel instante, las invitaciones a cultos, conferencias, y convivencias, se han ido sucediendo con asiduidad, por lo que he conocido y disfrutado de lo que hubiese podido imaginar, con una cantidad

de actos fructíferos e interesantes que todo cofrade debería conocer y vivir.

Llegada la Cuaresma y Semana Santa, la apoteosis de todo cofrade, muchos momentos inolvidables han quedado grabados en mi alma. Cómo olvidar junto a Ángel Pedro Galiano, el descendimiento y posterior alzamiento del Cristo del Amparo, o el respaldo recibido de la dotación de la Sagrada Flagelación Treinta y un años han transcurrido de la puesta en marcha de aquel paso del Señor en el misterio de la Flagelación al lado de mis compañeros que portan el paso con gran ilusión y maestra y cuya amistad resulta esencial en mi vida.

Aldía siguiente Sábado de Pasión, tuve la oportunidad de vivir de cerca la reflexión del Evangelio de la Pasión en la Iglesia de San Francisco de Asís, y como sus hermanos de la Fe acometen con destreza la salida de su Cristo desde su templo. Gracias, Luisa y Junta de Gobierno por haberme permitido poder vivir momentos tan bellos. Seguidamente, la Cofradía de la Caridad, me hizo vivir a los pies de sus distintos pasos la pasión corintia, en la recoleta plaza Santa Catalina, cuando los cabos de andas me hacían entrega del estante para que diera los golpes en la tarima e iniciaran su andadura por el callejero pasionario murciano. De esa forma, se sucedieron: los misterios dolorosos del Santo Rosario: La Oración en el Huerto, La Flagelación, La Coronación de Espinas, Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santa Mujer Verónica, El Expolio, San Juan, la primorosa Dolorosa y el titular, el Cristo de la Caridad. Gracias Antonio José García Romero, gracias a su Junta y a sus cofrades a los que siempre estaré agradecido por tan semejante honor.

El Domingo de Ramos, guarda un sabor especial de alegría a palmas y olivos por las procesiones parroquiales de la mañana, por la tarde desde la Iglesia de San Pedro, en el corazón de la ciudad, y a lomos de una borrica entraría Jesús triunfante en Murcia. Inolvidable fue la espera e incertidumbre por amenaza de lluvia por segundo año consecutivo, y determinante fue la valentía de los cofrades de la Esperanza y de su Presidente José Ignacio Sánchez Ballesta al esperar con cautela y sacar el cortejo. Agradecido estuve por permitirme tocar a mi golpe de orden todos sus pasos en su inicio en la plaza de San Pedro apóstol, desde Jesús y los Niños,

Arrepentimiento y Perdón de María Magdalena, Entrada Triunfante en Jerusalén, San Pedro, Nuestro Padre Jesús de la Penitencia, San Juan, la Dolorosa y muy especialmente, recodaré el nuevo paso de la advocación recuperada del Cristo de las Almas, escena que estremeció a los fieles a su salida, como también ocurrió cuando su titular salió a recorrer la Jerusalén murciana en el año de la Esperanza.

Desde sus entrañas, como penitente y músico de la Burla, he vivido esa procesión de Lunes Santo tan especial que tiñe Murcia de color magenta. Como cada año, desde el popular barrio de San Antolín, desde primera hora, las familias de los alrededores se acercan y con júbilo y al filo del mediodía, al templo debido al descenso de Señor desde su camarín, donde un beso en su bendita planta les reconforta y bendice. Llegado el atardecer, comenzaría la solemne procesión, y el antiguo estandarte de la Cofradía encabezaba un desfile lleno de sentida pasión, cuando los ángeles portaban los atributos de tu pasión y una olivera proyectaba la sombra de Jesús orando en su agonía de Getsemaní, mientras la antorcha del esbirro iluminaba el rostro de Jesús prendido, quién se identificará diciendo: yo soy a quién buscáis, para volver a decir más tarde ante Caifás: yo soy el Mesías. Ofrecerá su espalda con mansedumbre, y los sayones le coronarán de espinas y entregarán la caña como si del cetro de un rey se tratase; mientras en la oscuridad de la noche, María salió a su encuentro; y la Santa Mujer Verónica enjuga su rostro con valentía. El dolor de los clavos se acentúa cuando es alzado en su cruz en el monte Calvario, donde Jesús moría ante la presencia de su madre María, Magdalena y San Juan. Y así, cada año, vemos como el Señor del Perdón pregonaba el verdadero amor, la ruptura del odio y del rencor ante multitud de fieles y cofrades que rememoran la Pasión bajo su imponente advocación. Así, desde mi posición de músico, con mi bocina preparada contemplé esa salida del templo que me llena de emoción formar parte de ella.

Tiene la procesión de la Esclavitud un sabor a barrio castizo andaluz con connotaciones murcianas. Este año, y todavía con la luz de la tarde, se abrieron los santos portones de la iglesia de San Juan Bautista, y con el redoble de un tambor comenzó la procesión, del que pude ser testigo fiel. Tres son los pasos que participan, la Cruz de Guía en su inicio, símbolo

inequívoco de la cristiandad; la bella Virgen de la Esperanza, iluminada por el arder de un bosque de velas; y el Cristo del Rescate, maniatado y prisionero por nuestros pecados. Gracias José Ramón Guerrero por todas tus atenciones y por capitanear tan bella procesión.

Desde la Iglesia de San Juan de Dios, antiguo hospital de Murcia, pude escuchar los clarines de los hermanos de la Salud, que rinden culto a su Titular, un enorme y dramático crucificado de mirada pérdida y que ha sido innumerables veces implorado para la sanación de los enfermos desde tiempos pretéritos. Y junta a Él, y cada noche de Martes Santo, sus nazarenos honran por las calles de Murcia a San Juan Evangelista, a María Santísima del Primer Dolor y Nuestro Padre Jesús de las Mercedes. Gracias a su Teniente-comedador, José Isidro Salas Sánchez y toda su junta de gobierno, por sus desvelos y buen hacer.

Llegado Miércoles Santo, y al otro lado del río Segura, en el castizo barrio del Carmen del oriundo, partido San Benito, preside la Virgen Coronada del Carmen quien comparte sede con Los coloraos de la Preciosísima Sangre. Desde allí partió un reguerón interminable de nazarenos encarnados que se disponían a inundar el corazón de la ciudad, aquel que late rememora y la pasión y muerte de Jesucristo. En esa tarde, Jesús, se hace presente en cada insignia, llevada con orgullo y sufrimiento por sus estantes que soportan el inmenso peso sobre sus hombros como antesala y predicando el milagro de la Redención por la Murcia Nazarena. San Vicente abrió el cortejo y bajo la olivera y sentado junto al pozo estaba el Señor en espera de que la bella Fotina, la mujer de Nicanor, le calme la sed a cambio del agua de la vida. Sentado junto Marta, María, Lázaro, Jesús acompaña y aconseja, formado parte de nuestra vida cotidiana; y en el cenáculo, junto a los apóstoles la humildad y el amor con el prójimo prevaleció un año más aunando las flaquezas con el arrepentimiento desconsolado del apóstol San Pedro. En el Balcón de Pilato, se escucharían el grito y petición infame de la crucifixión, mientras el bribón del Berrugo robaba las habas en los banales de la huerta. Subiendo al Gólgota, Te vi caer al suelo Señor, mientras unas mujeres, junto a niño lloraban tu dolor. Y entonces yo quise ser el cirineo y ayudarte a llevar la cruz. Desposeído de tus vestiduras, estaba

el Cristo de las Penas, en el Calvario, momento en el que se escuchaba el lamento que procedía del metálico carro-bocina y los roncós tambores. Finalmente, Cristo, colgado en el madero, recibía la cruel lanzada y manaba sangre y agua de su costado. Todo está cumplido. San Juan, el discípulo amado y gallardo que tallara Dorado, no abandonaba en soledad a María Dolorosa, cuyas lágrimas y sentida mirada a su Hijo, mientras Murcia acompaña también al Cristo de la Sangre soportando la Cruz y recibiendo su sangre redentora.

Ese Miércoles Santo, Murcia morirá contigo; mirará al cielo en la hora nona de tu muerte, Murcia es quién recoge la sangre de tu costado y se lamenta con tu corona de espinas. Murcia siente el dolor del hierro de tus clavos. Estremecedor fue mi Señor dirigir tus andas en un Miércoles Santo inolvidable. Gracias a Carlos Valcárcel por su generosidad y amistad a su Junta Directiva y a Ángel “El Pichi” cuyo regalo y detalle fue inolvidable.

El Jueves Santo, día del amor fraterno, la Archicofradía de la Sangre quiso recuperar su procesión de la Soledad que desfilaba en ese día tan señalado desde el partido de San Benito cuando se fusionó a la Archicofradía de la Sangre en el año 1687. A media tarde, desde la Iglesia de Carmen, participan tres pasos, Jesús de la Redención, Cristo lleva la Cruzalzada como si se tratara de un estandarte que pregona su victoria, símbolo sobre el pecado y la muerte abrazando su Pasión; el Cristo del Amor en la conversión del buen ladrón, del que me honro dirigir desde su fundación y la Soledad.

Largas filas de nazarenos de túnica y antifaz negro con remates morados acompañan, y sólo escucha la expiración del Señor del Refugio, iluminado por tan sólo cuatro faroles en su largo recorrido. Cuando a la media noche, regresaste al templo de San Lorenzo, volverás Señor con tu misma sencillez, y tus hermanos te esperaron rodilla en tierra en unas de las escenas más impresionantes de la Semana Santa, mientras la ciudad habrá sabido guardar silencio. Quisiera tener un recuerdo por la familia Sánchez-Parra y todos sus antepasados que han contribuido durante más de 80 años a emocionar a cada Jueves Santo con esta impresionante procesión. Gracias Ignacio por tu exquisita atención con un servidor.

Al alba, concretamente, a las seis hora solar de Viernes Santo, tal y como marcan sus primitivas constituciones, arrancaba la procesión de los nazarenos moraos con su pendón mayor escoltado por los penitentes que inician su andadura en memoria de Nuestro Padre Jesús, el titular de la Cofradía de los Nazarenos, que camina cada año por la ciudad con la cruz auestas, acaricia con sus manos el caray de su cruz y mira desde hace cuatro siglos a sus hijos, a todos sin excepción, con un mensaje de amor y lleno de comprensión para todos.



Allí en la puerta de su privativa Iglesia tuve la oportunidad de ver el discurrir su salida. Abrió el cortejo penitencial la insignia de “La Cena del Señor”, donde Jesús celebró la Pascua junto a sus apóstoles, con la mesa repleta de manjares de la huerta de Murcia y la rica vajilla de plata. Le siguió, la Oración en el Huerto, con su Ángel, escultura más universal de la obra de Salzillo; sublime, etérea y sobrenatural, y pensé que aquel brazo que le sostenía era verdaderamente un descanso y sosiego que consuela al Hijo de Dios en esos momentos de

angustia y dolor en Getsemaní. El tercer paso fue el “Prendimiento”, donde San Pedro enfurecido ante la llegada de la turba, se precipitaba contra Malco, y le inmovilizaba mientras alzaba la espada en disposición de atacarle; lo que provocaría el corte de la oreja, tal y cómo nos relatan los evangelios. En la misma escena Judas, el discípulo traidor, besaba la mejilla del Redentor, y lo identificaba. Jesús atado a la columna sufría los flagelos ante mis ojos, sin tregua, y el corazón una vez más se me encogió. La pasión continuó, y según la tradición, una mujer piadosa, vestida a la usanza murciana, enjugaba el rostro de Jesús cuando ascendía camino del Calvario, y milagrosamente, quedó impresa la Santa Faz en su paño. Me recordó a mi hija, y pedí por todas las mujeres del mundo, por su valentía y fortaleza. Pero Cristo caerá tres veces, más allá del Barrio de San Andrés en Murcia y se levantará otras tres, y tantas como sea preciso. San Juan, apóstol amado en esos instantes aparecía como un estandarte de Murcia y de su maravillosa obra artística, y fue en la luminosa y primaveral mañana, dónde deslumbró a todos con su belleza y perfección, por el dinamismo, equilibrio y elegancia en su caminar.

Y cerró la magna procesión morada “La Dolorosa”, quién con un rayo de sol inició su camino al Calvario de Murcia, donde miles de corazones le esperaban. Sendas lágrimas se deslizaban por sus mejillas, de Esperanza, Soledad, Misericordia, Angustia, Amargura, de la Luz en su Soledad, arropada por cuatro deliciosos angelitos que compartían el dolor y lloraban amargamente el martirio sufrido por el Hijo de Dios. Agradezco a su Presidente, Emilio Llamas y su junta particular la inolvidable y sincera acogida brindada.

La tarde más triste del año, Viernes Santo, se oscurecía por la muerte del Salvador mientras todos sus nazarenos guardaban el luto. Desde la antigua Iglesia de San Esteban, el Cristo de la Misericordia murió en la cruz, y así recorrió Murcia. Y un servidor se preguntaba si ese Dios que apoyaba su cabeza había muerto o estaba vivo; si es de madera o viviría eternamente, y nos estaba contemplando desde cielo durante aquella tarde. María, Madre de Misericordia, es quién llevaba el corazón del escudo de Murcia y no lo abandonará en ninguno momento, ni siquiera en su descendimiento, y pensé que Murcia desearía orgullosa semejar a José de Arimatea y Nicodemus.

Muchísimas gracias a su presidente, Ramón Sánchez y toda su junta y cofrades por el trato recibido.

Me personé en la Iglesia de San Bartolomé, donde tiene su sede canónica la Cofradía de Servitas y el Santo Sepulcro; ambos cortejos forman una única procesión; cuando vi al ángel pasionario que antecedió a María Santísima de las Angustias, la Madre que acogía el cuerpo sin vida de su Hijo sobre su regazo, por lo que clamaba consuelo y piedad. Mi agradecimiento a Inmaculada Martínez y su junta de gobierno por su acogida y por preservar tan impresionante patrimonio.

Los caballeros severos del Santo Sepulcro fueron a enterrar a Jesús. Primero el Cristo de la buena muerte de las hermanas Isabelas apareció clavado en la cruz, apoyada en un monte de claveles y preparado para ser trasladado al Sepulcro. María de la Amargura lloraba desconsolada mirando la Cruz Vacía con el Santo Sudario. Hizo presencia el pesado grupo escultórico del Santo Sepulcro, visto por otro genio de la imaginería, González Moreno, el cual representó una secuencia sublime, dramática pero íntima, mientras Jesús sería amortajado por toda Murcia, durante el recorrido. San Juan con su clásica elegancia, no quiso dejar a María en su Soledad. Paso la Madre de todos con mirada penetrante y profunda tristeza por el dolor, agarrando un corazón roto que mostraba entre sus manos entrelazadas, inmersa en una plegaria con esos siete puñales que atravesaban hasta lo más profundo del alma. Mi agradecimiento al presidente, Antonio Ayuso y equipo directivo por permitirme tocar las andas de todos sus pasos. Hecho que no podré olvidar jamás.

Desde San Juan de Dios, el Sábado Santo, recibí el cariño de mis compañeros de túnica blanca, luto hebreo entre los judíos. Pude volver a guiar y tocar el único sonido de la procesión, la campana de muñidor para recorrer la ciudad y anunciar al Señor Yacente, imagen más antigua de Murcia, junto a la Virgen de la Luz en su Soledad, llena de esperanza en la Resurrección de su Hijo. Mi agradecimiento a su presidenta y amiga, Elena Olmos Iofrio, a todo su equipo directivo a mis hermanos cofrades.

Al alba de la mañana, Jesús Resucitó, y desde Santa Eulalia salió a Murcia victorioso, sobre el crepúsculo de la muerte. La alegría invadió la ciudad. Los

hermanos del Resucitado vistiendo túnicas blancas pregonaban por todos los rincones que Jesús había vuelto a la vida. Abrió la marcha, San Miguel, en un combate contra lucifer; y le seguía la Cruz del Triunfo, símbolo pleno de vida que se reviste de flores y belleza. El Ángel anunciador del Señor anunciaba la Resurrección de Nuestro Jesucristo a las Tres Marías, y Cristo emergió de su sepultura ante todos; su primera aparición fue a María Magdalena, y más tarde bendijo el pan durante la cena con los discípulos de Emaús; y volvió de nuevo a aparecerse a los apóstoles, mostrando al incrédulo Tomás, el Mellizo, la llaga de su costado. En el lago Tiberiades, se produjo el milagro de los peces, y ascendió definitivamente el Mesías, mientras un inocente niño, nos mostraba la acción. Y San Juan, en su decimoctava aparición no dejará sola a María, y se dispondrá a escribir los evangelios.

Por último, cerraba la procesión su Madre pletórica mientras paseaba las calles murcianas representada como Dolorosa, María de los Ángeles, Esperanza, Soledad, Misericordia, Angustias, Amargura, de la Luz en su Soledad, para concluir, ésta como Gloriosa.

El paisaje nazareno se difuminó un año más, como las aguas del reloj que marcan el tiempo de la vida. Fueron noventa y tres pasos los que recorrieron las calles y plazas de Murcia. Nuestros Cristos, volvieron a sus altares, los nazarenos guardaron sus túnicas, pero este Nazareno del Año pide a todos con humildad que no dejemos encerrados a nuestros Cristos en las Iglesias en la Soledad de su capilla, y que vayamos a venerarlos, y que siempre los tengamos en nuestros corazones. Porque todos formamos la Iglesia. Una Iglesia que necesita de todos los hombres, cual sea su situación y su condicióny si fuera así, haríamos de este mundo, un lugar mejor donde convivir en paz y en amor al prójimo.

Muchísimas gracias a todos. Ha sido y sigue siendo un verdadero placer y un gran privilegio.

Al Cristo del Refugio

Lorenzo Tomás Gabarrón

Dr. Arquitecto. Presidente JM Distrito Centro Este Murcia enero de 2025

Quiero comenzar agradeciendo la oportunidad que mi querida Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio me brinda para poder realizar esta breve reflexión, este “pensar en voz alta”, este mirar hacia dentro y ver la importancia que el Cristo del Refugio tiene en la vida de tantos y tantos murcianos. Escribo estas letras cuando está recién terminada la intensa y festiva Navidad y la primavera murciana asoma en el horizonte y con ella una nueva Semana Santa, una nueva semana de Pasión en la que sin duda los cofrades del Refugio tendrán su momento culminante en la noche del Jueves Santo.

Esta próxima Semana Santa nuestra Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio volverá a abrir las puertas al recogimiento y la oración.

Cuando las calles callen y el ruido se apague, el silencio se convertirá en lenguaje, en plegaria profunda que brota del corazón porque ante el Santísimo Cristo del Refugio no hacen falta palabras, su presencia habla por sí sola, invitándonos a detenernos, a mirar hacia dentro y a encontrar amparo en la quietud. En ese silencio que nos envuelve, cada paso de la cofradía es un acto de fe, cada instante una oportunidad para el encuentro con Dios.

Deseo a todos los cofrades que esta Semana Santa sepamos escuchar lo que el silencio nos dice, y que bajo la mirada del Cristo del

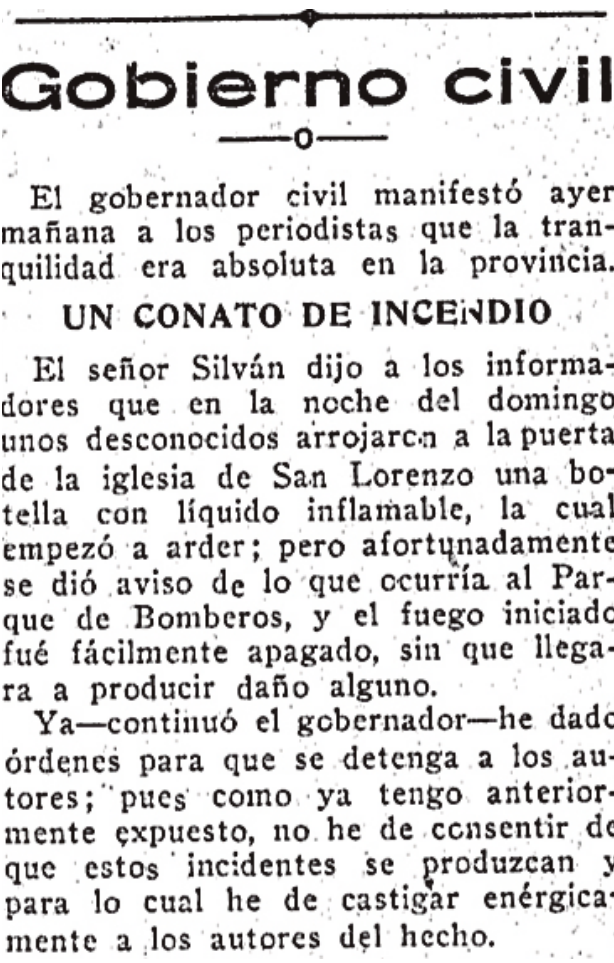
Refugio hallemos consuelo, esperanza y paz enmarcados en un silencio que no es ausencia, sino presencia; que no es vacío, sino oración; que no es quietud estéril, sino diálogo íntimo con Dios. En un mundo marcado por el ruido constante y la prisa, esta cofradía se convierte en refugio para el alma. Cuando el bullicio se apaga y las miradas se dirigen al Cristo, el corazón aprende a escuchar. Ante el Santísimo Cristo del Refugio sobran las palabras, porque su mirada serena y su entrega silenciosa lo dicen todo. Cada paso, cada cirio encendido, cada respiración contenida durante la estación de penitencia, es una manifestación de fe profunda y sincera. El silencio que acompaña a nuestro Cristo no es solo una seña de identidad, vsino una forma de vivir la Pasión, de comprender el sacrificio y de dejarnos transformar por Él. Que esta Semana Santa sea para todo un tiempo de recogimiento verdadero, de reflexión sincera y de encuentro personal con el Señor. Que sepamos hallar en el Santísimo Cristo del Refugio el amparo ante las dificultades, la fortaleza en los momentos de debilidad y la esperanza que nace incluso en el mayor de los silencios.

Que Él nos guíe y nos proteja siempre.

San Lorenzo y el atentado de Domingo de Ramos

Juan Antonio De Heras y Tudela

En 1936, hace ahora noventa años, en Murcia hubo Semana Santa, pero no procesiones. Fue el Gobernador Civil, Adolfo Silván Figueroa, el encargado de trasladar a la prensa el anuncio. Contó que había recibido la visita de las Juntas de las diferentes Cofradías — en esos momentos el Perdón, la Sangre, Jesús Nazareno y Santo Sepulcro — y que todas habían coincidido en suspender los cortejos, haciéndole entrega a él de las cantidades recaudadas para que fuesen destinadas a remediar el paro obrero. Quiso incidir el Gobernador —tal vez porque nadie lo creyera— en que él no había tenido nada que ver en esa decisión, aunque la aplaudía porque «las circunstancias de la lucha electoral no son las más propicias para estas manifestaciones», publicaba el diario La Verdad en su edición del 25 de marzo.



El Liberal 7 de abril de 1936

Lo cierto es que, desde que la Segunda República había iniciado su andadura, los ataques a la Iglesia Católica, a sus fieles y a sus símbolos, habían ido adquiriendo tintes extremadamente violentos.

Todo hacía temer que, de mantenerse el calendario cofrade con la celebración de sus seculares estaciones de penitencia, vidas y patrimonio habrían corrido un grave riesgo. Pero ni siquiera este gesto, que en el fondo daba muestras de que nadie podía garantizar la seguridad, fue suficiente para evitar lo que vendría después.

Atentado en San Lorenzo

La iglesia parroquial de San Lorenzo fue de las primeras en recibir un atentado. La fecha no era inocente. Los atacantes buscaban que su acción resultara simbólica. Pretendían destruir un templo céntrico, un icono de Murcia, y querían hacerlo en Domingo de Ramos, en el inicio oficial de la Semana Santa.

A conciencia prepararon unas botellas, rellenándolas con un líquido incendiario. Aún no se había acuñado el término «Cóctel Molotov» para estos «frascos de fuego» o «bombas de gasolina», como se las empezaba a conocer en España.

Aprovechando la oscuridad de la noche, los anónimos agresores lanzaron los artefactos contra la puerta principal. El estallido del vidrio dio paso a una lengua de fuego que hizo presa en la madera.

Nos cuentan las ediciones del 7 de abril de El Liberal, La Verdad y El Tiempo, que un agente de Vigilancia y un vigilante de Comercio que patrullaban la zona, divisaron el resplandor de las llamas. Tras acercarse, y observar que la puerta principal de la iglesia estaba ardiendo, se dirigieron a las Cuatro Esquinas de la Trapería, para dar aviso a la «pareja de Asalto» que estaba presentando allí sus servicios. «El gobernador que precisamente cruzaba por la Trapería en esos momentos con un amigo, llamó por teléfono a los Bomberos desde el Casino y seguidamente se trasladó al lugar del siniestro» relata la crónica.

En este punto existen versiones cruzadas. En una de ellas se apunta a la intervención de los bomberos. En otra se cuenta que, cuando éstos llegaron, el fuego se

había extinguido por sí mismo, dejando su huella ennegrecida y humeante como prueba de lo que podría haber llegado a suceder.

En lo que sí vuelven a coincidir es en que Silván Figueroa dio órdenes para que se detuviera a los responsables pues «no he de consentir de que tales incidentes se produzcan» y para ello «he de castigar enérgicamente a los autores del hecho». Algunas biografías de quien, onubense de nacimiento, gaditano de adopción, había sido nombrado Gobernador Civil de Murcia apenas unos días antes de estos sucesos, el 19 de marzo de 1936, apuntan a que su intención de que la violencia no siguiera escalando posiciones era sincera. Quizá por ello, a excepción de su partido, Izquierda Republicana, las críticas más duras a su gestión provinieron precisamente de la izquierda.

Por desgracia, todo escaló a lo largo de las siguientes semanas y, tras el inicio de la Guerra Civil, junto al incalculable coste de vidas, la pérdida de auténticas joyas del patrimonio artístico religioso fue devastadora. San Lorenzo, que se había librado de la destrucción de las llamas, vio como parte de sus obras, archivos y enseres eran destruidos y su Retablo Mayor mutilado.

Sin embargo, a pocos metros, en el mismo lugar en el que la destrucción se abrió paso, con los brazos extendidos en un abrazo reconciliador, quien todo reconforta, quien todo perdona, quien todo lo puede, se hizo refugio. Su permanencia en el templo durante la contienda, sin sufrir daño alguno, puede ser considerada tan azarosa como la extinción de las llamas del Domingo de Ramos o como las más recientes del tercer domingo de Adviento. Permítanme que prefiera creer lo que considero más cierto. Hoy, como hace noventa años, su presencia nos habla. Basta hacer el silencio para escucharlo.

En la ciudad de Belén os ha nacido un Salvador

Alberto Castillo Baños

Cofrade Murciano

Parece qué fue ayer cuando estábamos celebrando una nueva Navidad. Es cierto que este dos mil veintiséis nos ha traído el ciclo cuaresmal muy pronto.

Si recuerda, el desconocido lector, el miércoles de Ceniza fue el pasado día dieciocho de febrero y nuestra procesión del “Silencio” será el próximo Jueves Santo día dos de abril. Y por cierto que hará buen tiempo ese día y podremos rezar a nuestro Sagrado Titular por las calles de la vieja Murcia. Recuerdo, aquí y ahora, el viejo refrán huertano que siempre se cumple: “El día del nacimiento será igual al del prendimiento” Y el día de Navidad hizo un tiempo esplendido en Murcia.

Pero volviendo a lo anterior, hemos tenido tan solo un corto paréntesis, escaso tiempo, entre el día de la Epifanía y el de Ceniza. “El tiempo corre que vuela” que se dijo siempre en la huerta.

La Navidad nos trajo, como últimamente viene haciendo, luces, adornos, montajes, árboles decorados, “papas noeles” y mil cosas más importadas del mundo anglosajón y especialmente de Estados Unidos dejando una imagen que cada año más nos hace añorar, a los qué ya peinamos canas, aquellas otras de nuestra infancia más familiares, íntimas y consecuentes a la conmemoración del nacimiento de Jesús de Nazaret.

Hoy entre árboles llamados de Navidad, copas, tardeo tan de moda, y sobre todo la extraña competición de ver quien pone más luces o adorna mejor el comercio de turno ha convertido lo qué es el acontecimiento más importante del calendario cristiano, junto a la Resurrección, en una carrera consumista y desaforada con “miles de personas en las calles” qué ni sé saludan cargados de bolsas y paquetes de regalo como si no hubiera un mañana. Por no hablar de las colas en mercados de abastos, grandes superficies y supermercados para comprar productos de alimentación qué, en muchos casos, acaban arrinconados en arcones y frigoríficos, congelados, para consumirlos incluso en primavera. Comer, comer y comer. Eso parece ser el motivo de celebración de la Navidad cuando, precisamente lo qué conmemoramos, es la venida al mundo de Dios,

hecho hombre, humilde entre los humildes y qué no tuvo ni una cama digna para nacer.

Si el desconocido lector, si lo hubiere, ha visto películas navideñas americanas sé dará cuenta perfectamente de la invasión, pacífica, de costumbres y tradiciones de allende los mares qué nos han llegado a España y por supuesto a Murcia.

Confieso que me gustan estas películas, por la curiosidad de ver aquellas ciudades decoradas para Navidad y todavía no he visto en ninguna de ellas un solo nacimiento, alusión a los Reyes Magos o incluso a la Sagrada Familia. Nada. Papa Noel lo copa todo. Curiosamente he visto una este año, las plataformas ofrecen un catálogo infinito de títulos “navideños”, donde unos niños de un colegio representaban una especie de nacimiento viviente y la madre de una niña, en la película, mostraba su satisfacción porque a su hija la habían elegido para el papel de “la María de la obra, un papel importante” según contaba la orgullosa madre a las amigas. “La María”, en fin.

Pero llegó el “Día de Navidad”, el 25 de diciembre, y recibí un aldabonazo en la conciencia qué me despertó de golpe de esta pesadilla de “falsa navidad” Habían pasado escasos minutos de las ocho y media de la mañana cuando recibo un wasap en mi teléfono con una preciosa fotografía, primer plano, de nuestro Cristo del Refugio con el siguiente texto adjunto: “Ha nacido un Salvador. El Mesías. El Señor. Feliz Navidad” La felicitación la remitía nuestro Hermano Mayor, Ignacio Sánchez-Parra Servet.

Ahí estaba, en la pantalla de mi móvil, la impresionante imagen del crucificado. Del Señor de San Lorenzo. Del Rey del Silencio de Jueves Santo. Del único Refugio qué tenemos y tendremos jamás.

Con este mensaje, alejado de “Papa Noel”, de luces, de adornos, guirnaldas de mil colores y árboles de navidad se anunciaba la venida al mundo de un Niño, divino Niño, cuyo final era ese precisamente. Dar su vida en la Cruz, tras crueles torturas, para salvar a la humanidad y manifestar qué solo con El y por El tendremos “Refugio” todos los días de nuestra vida y en ese mundo prometido donde no hay principio ni final.

Viendo la felicitación navideña de nuestro Hermano Mayor olvidé los villancicos y los adornos, no miré hacia el árbol de Navidad pero me paré, como nunca, ante el Nacimiento que siempre ponemos en casa y allí estaba ese niño hecho con barro de Murcia, por manos artesanas de Murcia, con mensaje murciano de salvación y vi, en esa humilde cunita, anacrónica como todas las figuritas del belén, al Redentor del Mundo. A un Dios que sé hizo hombre, que se engendró por el Espíritu Santo en el seno de María siempre Inmaculada y que había nacido para predicar la paz y el amor dando ejemplo con su propia vida.

Ese Niño que, tras el supremo sacrificio de su horrenda muerte en la cruz, es nuestro único Refugio y que todos los días del año, todos, nos espera en la parroquial de San Lorenzo para atendernos cuando a Él acudimos.

Yo vi llorar a Dios

Álvaro Hernández Vicente

Pregonero de la Semana Santa de Murcia 2025

La tarde de Jueves Santo en Murcia es un recuerdo que vuelve solo, sin pedir permiso. Como el hallazgo de una carta antigua dentro de un libro olvidado. Las calles aún están inquietas, como si no supieran si quedarse en la tarde o entregarse por tientas a la noche. En los templos se levantan los Monumentos con esos terciopelos que siempre me recordaron tanto a Sancta Sanctorum del templo de Salomón, y una llama — mínima, resistente — que anuncia la presencia de aquel que agoniza en Getsemaní. Dentro de nada, la ciudad será sombra.

Camino deprisa, esta vez sé muy bien hacia qué. Me dirijo a San Lorenzo, donde siempre la noche de Jueves Santo se adelanta unos minutos al resto del mundo. Voy buscando Refugio. Ese deseo de encontrar unos brazos que sepan sostenerte cuando tú no puedes. En la penumbra de la calle San Lorenzo me detengo ante una reja casi escondida. Desde allí se adivina un crucifijo en el fondo de la sacristía. Subo por la rampa lateral. La luna llena ha decidido iluminarlo todo con un brillo casi indecente, bronceando en plata los tejados y las cúpulas de Murcia. Dentro de la iglesia, sin embargo, la oscuridad es densa, respetuosa. Hay un silencio que pesa, pero de forma amable. Muchas personas esperan, quietas, como si supieran algo que yo todavía no he entendido del todo. En la capilla del Santísimo, las mujeres de mantilla rezan ante el Monumento encendido de cirios. San Lorenzo, arriba en su camarín, mira la escena como quien vela un amor muy antiguo por el que dio la vida. Los cantos del Miserere reptan por la nave y lo transforman todo en un claustro que no necesita siglos para parecer eterno.

“Salimos de San Lorenzo en un hilo interminable de cirios. La madera del trono cruje. Yo camino detrás del Cristo con una humildad temblorosa. Siento que presido, sin merecerlo, el cortejo de Aquel a quien debo cuanto soy.”

Todo es un credo, pienso. Basta con mirar.

El Cristo del Refugio tiene un rostro que ya ha llorado por todos. Y aun así, hay una ternura en su gesto que sorprende. Sus brazos abiertos no reclaman nada, solo ofrecen. Como siempre ha hecho: dar y más dar. La sombra que proyecta sobre el muro parece un refugio para cualquiera que esté un poco cansado de sí mismo. Y yo, que llego con mi fragilidad, agradezco este silencio que no juzga.

Me quedo en la escalinata del altar mayor, rodeado de gente y, aun así, completamente solo. Su figura se me queda clavada detrás de los párpados. Y me siento un poco como el salmista acorralado, aunque en mi caso los toros de Basán son más bien mis dudas, las decepciones y las injusticias que el mundo ofrece. Pero su presencia — quieta, invencible — me sostiene. A él le pasó antes que a mí.

Una mano se posa en mi hombro. No hace falta que mire para saber de quién es. La deja ahí, firme, y de pronto todo se vuelve más soportable. Ignacio solo es el mensajero, eso lo sé. Rezo. Y agradezco. Qué falta me hacía este refugio que no figura entre las opciones que ofrece el ruido del mundo.

Otro hermano se acerca y me entrega un regalo que nunca podré explicar bien: hacer andar al Cristo del Refugio. Ver cómo su rostro comienza a caminar en la noche de Murcia, mientras la ciudad se deshace en sombras. Y yo, con mi manzana mordida y mis pequeñas miserias, siento que cada paso del Señor me ordena un poco por dentro. Las lágrimas aparecen sin pedir permiso. Apenas puedo sostener el martillo que golpea la campana. Esa campana que es, desde siempre, la voz en la que Murcia abreva cada vez que tiene sed.

Salimos de San Lorenzo en un hilo interminable de cirios. La madera del trono cruje. Yo camino detrás del Cristo con una humildad temblorosa. Siento que presido, sin merecerlo, el cortejo de Aquel a quien debo cuanto soy.

La noche pesa. El silencio también. La Trapería parece un pequeño calvario, con algunos comercios, irredentos, resistiendo con sus luces prendidas. La campana ya no marca el paso del Señor, sino las horas que vivimos quienes le seguimos. Las corales cantan y la noche se deshace. “Señor, tengo la garganta ronca de gritar sobre los mares...” Y yo sigo adelante, solo atento a la silueta del Cristo que lleva siglos refugiando a esta ciudad.

A la altura del Casino, Machado aparece de nuevo entre las voces: “Señor, me cansa la vida, y el universo me ahoga...” Y entonces la torre de la Catedral se levanta ante nosotros, casi altiva, como si

quisiera recordarnos que hay verdades que no pasan de moda.

La noche, de repente, se vuelve suave. Bajo los soporales, alguien murmura. Me nublan los ojos. Y aparece una serenata: “Silencio, que están durmiendo los nardos y las azucenas, no quiero que sepan mis penas, porque si me ven llorando morirán”. La tuna canta con una delicadeza que duele. Y Murcia entera parece arrullar al Cristo, como si quisiera consolarlo por siglos de heridas que nadie ha terminado de entender.

El eco resuena. Rodeamos el conjunto catedralicio con la solemnidad que requiere acompañar al Señor. Y entonces empiezan los primeros acordes. Los Parrandboleros cantan “Yo vi llorar a Dios”. Y yo, que crecí con esa canción, me rompo del todo. No puedo hacer nada más que mirarlo. Como si con mirarle pudiera salvarlo. O salvarme a mí “al preguntar por qué lloraba”.

El día del pregón, cuando hablé del Cristo del Refugio, hice sonar esa canción. No había otra opción. Todo tenía una mezcla extraña de dulzura, de dolor, de un país que se reconoce en su propio desgarró, de un Dios que se entrega sin medir las consecuencias. Aquel día de marzo, en el Teatro Romea, volvió a sonar la campana. Miré a Ignacio. Y volví a ver llorar a Dios. Igual que aquella noche. Igual que cuando el Cristo del Refugio me abrazó en mi frío más hondo, como solo un padre sabe abrazar a un hijo.

Mayordomo de Honor
Cofradía del Stmo. Cristo del Refugio



Los derechos del silencio

Juan Carlos Morejón de Girón Bascuñana

Delegado de la ONCE en la Región de Murcia

Estimados lectores de la Revista Silencio: Es un lujo y un placer compartir nuevamente un artículo con todos ustedes.

En mis lecturas frecuentes, y gracias a la Cofradía del Silencio, tengo por costumbre buscar libros o reflexiones que me ayuden a encontrarme con este bien tan grande que es el silencio, en un mundo lleno de ruido donde, cada día más, miramos mucho pero vemos poco, porque las pantallas de los móviles, tablets y ordenadores nos ciegan, del mismo modo que el ruido de los programas y de las noticias no contrastadas nos ensordece. Vivimos cada vez más en un mundo deshumanizado, donde atendemos más a quien no conocemos que a nuestra propia familia y a nuestros vecinos. Todo ello me ha llevado a reflexionar sobre la pérdida de las virtudes y de los derechos del silencio.

En un mundo embriagado de poder, de imágenes y de eslóganes estridentes, se va tratando a las personas silenciosas, reflexivas, con capacidad de concentración y de escucha, como seres inferiores. Sin embargo, dice el apóstol Santiago: «El que habla demasiado es un navío borracho; por el contrario, el hombre que domina su lengua controla su vida, como el marinero domina la nave». Por ello, ruego y creo firmemente que necesitamos, en nuestra Región y en nuestra sociedad, esa meditación activa y disruptiva en nuestros días que aporta la Procesión del Silencio: esas personas buenas, en oración, que practican el silencio y rezan por la paz, frente a aquellas personas influyentes, que hablan de paz mientras fomentan la guerra.

En sus obras espirituales, el padre Jérôme afirma: «Hacen mucho bien quienes, con el paso de su silencio, actúan como diques y rompeolas, frenando todo alboroto procedente de fuera o de dentro. Gracias a ellos, el agua se mantiene en calma, no se rompen las amarras de las barcas ni chocan sus cascotes».

Así, quiero reconocer y agradecer a todos los nazarenos, a los estantes que portan el trono y a quienes hacen posible la Procesión del Silencio, que desde que salen de sus casas hasta la vuelta a las mismas se envuelven en un profundo silencio, pase lo que pase en las calles, disfrutando de este encuentro con el Cristo del Refugio.

¡Qué bonita es la noche del Jueves Santo murciano!, en la que la ciudad se inunda de espiritualidad y de silencio, pese al tumulto y al ruido de la calle, que no la alteran ni hacen zozobrar la barca. Quienes creemos en ello mantenemos ese silencio que solo rompe el canto de los Auroros, con su lírica emotiva y legendaria, al Cristo del Refugio.

¡Qué acto de humildad tan grande cuando, a la entrada de la iglesia de San Lorenzo, se arrodillan los nazarenos ante el paso de nuestro Cristo del Refugio! Qué admiración siento por la Semana Santa murciana y, especialmente, por la Procesión del Silencio. Humildad y respeto son dos fundamentos éticos que comparto con todos los trabajadores del Grupo Social ONCE, principios básicos de esta institución, que solo pretende, desde estos valores, aportar un granito de esperanza a la sociedad: unas dioptrías de visión frente a la ceguera de las pantallas; silencio ante el incremento de las bombas o ante desgracias como el descarrilamiento de trenes sufrido en nuestro país; uniéndonos calladamente y acompañando a los familiares que han perdido a un ser querido, poniéndonos a disposición de aquellas personas que adquieren una discapacidad y a las que podamos ayudar. Silencio y respeto porque, ante estas situaciones, en la vida ayuda más el silencio, la oración y un abrazo callado que la palabra vana.

Celebrar en la calle con gratitud, compartir los buenos días con la ciudadanía, dedicar unos minutos a la escucha activa, decir gracias y suerte, como hacen todos nuestros trabajadores, centinelas de la ilusión. Suerte como la que tenemos todos los partícipes de esta tierra murciana y de esta Semana Santa tan bella como emocionante, tan generosa como hermosa, y que aporta tanta fe como el silencio elocuente de nuestra procesión.

Así, un año más, desde el Grupo Social ONCE, quiero compartir este silencio que ojalá sirva de dique de contención frente al ruido banal, y que los derechos y la virtud del silencio avancen con todos nosotros. Desde el Grupo Social ONCE, os deseamos que viváis con fervor una gran Semana Santa 2026.

1976: Un año para el cambio (Político y Nazareno)

José Emilio Rubio Román

La Semana Santa de 1976 fue la primera de la nueva etapa que se abría para España tras el fallecimiento de Franco, el mes de noviembre del año anterior. Una etapa, algo más de cuatro meses después, que seguía siendo de incertidumbre, aunque todo apuntaba a que se produciría una evolución política hacia un régimen democrático. Lo que aún no estaba claro era el ritmo y el procedimiento.

A los efectos de las cofradías, la fase histórica que se abrió en 1939, tras el final de la Guerra Civil, fue de recuperación o sustitución del inmenso patrimonio perdido por la destrucción desatada en los primeros días de la contienda bélica, pero también de fundación de nuevas cofradías, con la del Refugio en primer lugar en el año 1942.

No fue un hito cualquiera el de la procesión del Silencio, pues no solo inauguró un nuevo tiempo de fundaciones o refundaciones, que alcanzó hasta 1957, sino que supuso un cambio radical en la estética y la puesta en escena procesional que eran tradicionales en la ciudad.

Ese resurgir, obligado inicialmente por las circunstancias, pero impulsado después por el rebrote de las prácticas piadosas y de la religiosidad popular, tras años de persecución y ostracismo, se detuvo en la fecha apuntada con la aparición de la Cofradía de la Salud, pues a partir de ese momento no hubo más novedad en la Semana Santa murciana, aparte de algún cambio o incorporación de imágenes en pasos ya existentes, que la llegada de la Virgen del Primer Dolor a la recién creada cofradía hospitalaria en 1963. Peor aún: hasta se suprimió uno de los pasos de la Cofradía del Santo Sepulcro en 1969, el San Juan, que no volvió a salir hasta 1976, hace justo ahora 50 años.

Tiene su importancia este hecho, porque marcó el inicio de una nueva etapa de esplendor y crecimiento. Desde entonces, han nacido las cofradías del Amparo, el Yacente, la Caridad y la Fe, recuperó su procesión propia Servitas y se han incorporado nuevos pasos en un elevado número.

La procesión del Amparo ha aportado desde su primera salida en 1986 ocho; la Fe, dos; la Caridad,

nueve pasos el Sábado de Pasión y uno el Sábado Santo en su segunda procesión; la Esperanza ha pasado de cuatro a nueve; el Perdón, de siete a once; el Rescate, de dos a tres, al poner a hombros el de la Cruz; y la Salud, de dos a cinco.

La Sangre, que contaba con ocho, ha sumado hasta llegar a doce, más los tres que saca el Jueves Santo; la Misericordia pasó de uno a cuatro; Servitas ganó uno; el Sepulcro, uno también; el Yacente aportó dos y el Resucitado, que tenía cinco, cuenta en la actualidad con once.

Las únicas cofradías que no han cambiado en este aspecto, a lo largo del medio siglo transcurrido, han sido la de Jesús y la del Refugio. Y aún así, no faltaron quienes pensaron, sin llegar las cosas mucho más lejos, en la posibilidad de que la preciosa Dolorosa de San Lorenzo, obra de Salzillo, podría ser la imagen mariana de la procesión del Silencio. Yo mismo llegué a proponer al presidente que la Cofradía que la acogiera, si no como imagen para formar parte del cortejo penitencial del Jueves Santo, sí para darle culto, pero lo cierto es que bastantes años después, en 2019, pasó a contar con su propia hermandad y su procesión de gloria en el mes de septiembre.

Resulta patente que la Cofradía del Cristo del Refugio cambia poco de apariencia año tras año, y lo prueba el hecho de que haya mantenido muchos de los elementos de su expresión externa inmutables a largo de la mayor parte de su historia.

Por ejemplo en su hora de salida, que comenzó siendo a la medianoche, como es sabido, pasando en 1958 a las 10 y permaneciendo en ese horario hasta hoy. Un hecho que resulta más llamativo si consideramos que en las últimas décadas todas las procesiones nocturnas han adelantado su hora de salida.

Y algunas de forma especialmente llamativa, como la Esperanza, que salía hace 50 años a las ocho y media de la noche y hoy lo hace a las seis de la tarde; o el Rescate, que de las nueve entonces ha adelantado dos horas para salir a las siete; la Sangre, que ha pasado de las ocho a las seis; para terminar con la Misericordia y el Sepulcro, la primera de las cuales es hoy a las seis y cuarto, dos horas y cuarto

antes que entonces, y la segunda a las siete, cuando lo hacía antes a las nueve.

Pero aún son más elocuentes los mínimos cambios realizados en el itinerario a lo largo de este medio siglo por parte de la procesión del Silencio, mientras que otras han introducido grandes variaciones durante este tiempo. En los primeros años, se produjeron varios cambios, en busca de una carrera adecuada a las circunstancias y características de la procesión. Recordemos que la original medía alrededor de 2.300 metros, mientras que la actual queda reducida a 1.260. Se fue produciendo un paulatino recorte hasta llegar, en 1956, a la versión actual, aunque a decir verdad hubo un par de excepciones, y pudo haber una tercera. Recordemos: En 2003, con motivo del Año Santo del Rosario, declarado por el Papa Juan Pablo II la cofradía de esa advocación de la Iglesia conventual de Santa Ana invitó a las penitenciales a hacer estación ante el altar portátil, con la imagen mariana instalado en la puerta del templo. Todas lo hicieron excepto las dos matinales, y fue la del Refugio una de las estaciones más emotivas.

Volvió a suceder años después, cuando un andamio impidió el paso de las procesiones por parte de la fachada norte de Santo Domingo, y el Silencio volvió a visitar a las monjas dominicas como alternativa para sortear el obstáculo sin recortar itinerario.

Sí se redujo durante los años en que la procesión del Silencio discurrió por la puerta del Pozo de la Catedral (calle Oliver) para salir a la plaza de la Cruz y desde allí, por Barrionuevo, ir a Cetina y regresar a San Lorenzo. Un recorte de unos 100 metros en el que ya es, por sí mismo, el itinerario más escueto de la Semana Santa murciana. El paso por aquél rincón del entorno catedralicio se interrumpió por el derrumbe interior, en vísperas de la Semana Santa de 2022, de un edificio con fachadas a la plaza de la Cruz y a la Puerta del Pozo, lo que impidió el tránsito de las procesiones que discurrían por aquél lugar.

Aún pudo haber un cambio más, muy llamativo, en el año 2020, pero la suspensión de las procesiones debido a la pandemia del covid lo impidió. Un andamio en Trajería, por las obras de reconstrucción

de un edificio, llevó a una parte de las cofradías a buscar itinerarios que sortearan el obstáculo. Así, el Perdón y Jesús decidieron que irían, al llegar a los soportales de la Catedral, hacia la plaza de Fontes y González Adalid, para regresar a Trapería por Pintor Avellaneda (antes Montijo). La Sangre y el Resucitado fueron por Alejandro Séiquer hasta Santo Domingo.

Por su parte, el Refugio decidió que iría por Arquitecto Cerdán, bordeando el Casino hacia su puerta lateral, y por Radio Murcia (antes Lucas) a Barrionuevo y plaza de la Cruz. Era una maniobra arriesgada, ya que como la procesión, tras rodear la Catedral, había de regresar a la plaza de la Cruz y seguir por Barrionuevo hacia San Lorenzo, lo que podría dar lugar a que se encontraran cabeza y cola. Toda la procesión había de concentrarse en 450 metros. Pero como no hubo procesión, no hubo lugar a constatar si el Silencio cabía en aquél espacio.

Este relato constata que si hay una cofradía que ha permanecido casi inalterable cuando hace 50 años se abrieron las puertas a la transformación de nuestra Semana Santa ha sido el Refugio, que conserva en su principal expresión externa, que es la procesión, la misma apariencia, con su único paso, su horario inmutable desde hace 68 años y un itinerario que, con las excepciones apuntadas, termina siendo el mismo que se implantó hace 70 años.

Pero en realidad, la cofradía del Silencio no ha permanecido ajena a los nuevos tiempos, y a lo largo de este tiempo ha introducido reformas sensibles, como lo es, sin duda, la admisión de la mujer vistiendo túnica, o detalles destacados en su puesta en escena de cada Jueves Santo, como esa solemne campana que marca el andar del trono, o los cirios que parpadean en el interior de los faroles del trono, o la renovación del medallón que preside el estandarte y las pinturas que ilustran los faroles del víacrucis.

La Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio también ha cambiado.

Y ha sido para muy bueno.



Mi Refugio

Teresa Jesús Rodríguez Hernández

Cofrade

Aprovecho la oportunidad que me ofrece la revista Silencio, para dedicar este artículo a dar las gracias a las personas que han hecho posible que esa niña a la que su madre recogía del cercano colegio Cierva Peñafiel y llevaba todos los jueves a rezar a los pies del Santísimo Cristo del Refugio, pueda ahora, ya adulta agradecer lo ilusionada que esta por esta magnífica distinción: ser Nazarena de Honor del Santísimo Cristo del Refugio.

Quiero agradecer en primer lugar a la Junta Directiva y, especialmente, a mi Hermano Mayor Ignacio, — si mi Hermano Mayor porque así me ha hecho sentirlo —, por depositar su confianza en mi para esta distinción de tanta responsabilidad.

Gracias también a la persona que me abrió las puertas de la Cofradía y me enseñó a mirar con los ojos del amor: mi padrino Miguel Ángel Pomares.

Son tantos los sentimientos acumulados y tantas las personas a las que agradecer, que podría estar toda la eternidad dando gracias por el cariño que recibo de esta Cofradía, y podría estar siglos hablando lo que parar mí representa el Refugio.

No quiero terminar sin dedicar unas palabras a todos los que hacéis posible que esta Cofradía sea una realidad viva, gracias.

Que nuestro amado Cristo del Refugio no aparte nunca su dulce mirada de nosotros.

Víacrucis.

Duodécima Estación. Jesús muere en La Cruz.

Versión poética de tres Clásicos Españoles (II)

Antonio Martínez Cerezo

En mi anterior entrega, SILENCIO nº 27, pp. 43-47, inicié la serie con tres sublimes obras de tres sublimes poetas: A la expiración de Cristo (romance), de Lope de Vega (1562-1635), AJesucristo nuestro Señor expirando en la cruz (soneto), de Francisco de Quevedo (1580-1645); A Cristo en la cruz, de Luis de Góngora y Argote (1561-1627).

Y me comprometí, formal y materialmente, a ir dando a conocer, en entregas sucesivas, año tras año, sin desmayo, nuevas aproximaciones poéticas al sublime momento del viacrucis, duodécima estación actual, universalmente nombrada «Jesús muere (o expira) en la cruz».

Cronológicamente, incorporo ahora tres nuevos poemas de otros tres grandes de nuestra poesía mística, con el litúrgico perfume del incienso que interesa el alma con su afilado cuchillo de sosiego, belleza y paz.

1. ANÓNIMO

(siglo XVI) A Cristo crucificado (*soneto*).

En el tintero no puede quedar, imperdonable sería, el Soneto a Cristo crucificado, también conocido por el verso inicial No me mueve, mi Dios para quererte. Reconocido con plena unanimidad como una de las joyas de la poesía mística española, su autoría ha sido atribuida a infinidad de autores (Juan de Ávila, Miguel de Guevara, san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús, san Francisco Javier, san Ignacio de Loyola, etc.).

Mas la gloria de haberlo publicado por vez primera sin duda alguna corresponde al escritor madrileño Antonio de Rojas, en cuya obra Vida del espíritu para saber tener oración y unión con Dios (En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín, 1630), que tengo en PDF, lo encuentro en las enfrentadas páginas 180 y 181 y reproduzco para alimento espiritual de mis incondicionales amigos, los cofrades del Cristo del Refugio, titular de la Procesión del Silencio, Viernes Santo, en la noche.

El que Rojas sencilla y llanamente nombra Poema místico, en versión actualizada, rozando la excelencia, reza así:

Soneto a Cristo Crucificado

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Sus dos cuartetos y tres tercetos superan la perfección y rayan la excelencia. Nada mejor pudo su anónimo autor ofrecer a Jesús muerto en la cruz que el soneto que pasa por ser uno de los más logrados (si no el que más) de la poesía mística española.

2. SANTA TERESA DE JESÚS

(1515-1582)¹ En la cruz está la vida

Compuesto por Teresa de Cepeda Dávila y Ahumada (1582), más conocida. como santa Teresa de Ávila, nuestra santa Teresa, la brava y santa mujer que buscaba a Dios entre los cacharros y entre los cacharros lo encontraba, sus cinco primeros versos se recitan piadosamente de corrido:

*En la cruz está la vida y el consuelo
y ella sola es el camino para el cielo,*

La santa abulense sublima la idea que ningún cristiano osará poner jamás en duda: la vida cristiana implica aceptar y cargar simbólicamente con la cruz, sintiéndola no como un sufrimiento o penar, sino

como un camino de perfección para alcanzar por la piedad el prometido cielo. Nada suyo vio publicado Teresa en vida. Por falta de imprenta. Acreditada fama es que sus deslumbrantes poesías circulaban escritas en manuscritos llamados a ir de mano en mano en el ámbito del carmelo para ilustración de todas sus hermanas, las carmelitas descalzas. Hoy, en ninguna Antología de sus poesías, puede faltar esta obra que dulce y deleitosamente se recita, en voz baja, hablando el creyente como consigo mismo. A bonico, en populares términos murcianos.

En la cruz está la vida

*En la cruz está la vida y el consuelo,
y ella sola es el camino para el cielo.
En la cruz está «el Señor
de cielo y tierra», y el gozar de mucha paz,
aunque haya guerra.*

*Todos los males destierra en este suelo,
y ella sola es el camino para el cielo.
De la cruz dice la Esposa a su Querido
que es una «palma preciosa»
donde ha subido,
y su fruto le ha sabido a Dios del cielo,
y ella sola es el camino para el cielo.
Es una «oliva preciosa» la santa cruz
que con su aceite nos unta y nos da luz.*

*Alma mía, toma la cruz con gran consuelo,
que ella sola es el camino para el cielo.
Es la cruz el «árbol verde y deseado»
de la Esposa, que a su sombra se ha sentado
para gozar de su Amado,el Rey del cielo,
y ella sola es el camino para el cielo.
El alma que a Dios está toda rendida,
y muy de veras del mundo desasida,
la cruz le es «árbol de vida»
y de consuelo, y un camino
deleitoso para el cielo.*

*Después que se puso en cruz el Salvador,
en la cruz está «la gloria y el honor»,
y en el padecer dolor vida y consuelo,
y el camino más seguro para el cielo.*

¹ Teresa de Cepeda Dávila y Ahumada (Ávila, 28.03.1515-Alba de Torres, 4.10.1582). Universalmente conocida como Teresa de Ávila y, con especial cariño, admiración y respeto, como santa Teresa, nuestra santa Teresa. Monja fundadora de la Orden de los Carmelitas Descalzos, rama de la Orden del Monte Carmelo, mística y escritora.

3. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
(1600-1681)²⁾ En la cruz está la vida

He aquí un texto cumbre de la espiritualidad barroca española, ampliamente difundido como poesía devocional y hasta como himno. Se le atribuye al madrileño que en todo hallaba fundamento para llevar a escena. Y, cómo no, a sus celebérrimos Autos sacramentales, que con tanto regusto se leen.

Encontrarlo entre sus libros impresos no es posible. Baste con decir que su primera aparición conocida es tardía, hacia finales del siglo XVII o comienzos del XVIII, en libros de devoción y pliegos espirituales, nunca en un volumen literario estrictamente canónico. Desde el punto de vista formal, el poema responde al soneto clásico de endecasílabos, con rima consonante y estructura bipartita: los cuartetos exponen la tesis central —la paradoja salvífica de la cruz—, mientras que los tercetos desarrollan una exhortación moral dirigida al lector. Esta organización lógica y retórica es característica del Barroco doctrinal, donde la poesía se concibe como instrumento de persuasión espiritual.

En la cruz está la vida

*¿Qué quiero, mi Jesús? Quiero quererte,
quiero cuanto hay en mí del todo darte
sin tener más placer que el agradarte,
sin tener más temor que el ofenderte.*

*Quiero olvidarlo todo y conocerte,
quiero dejarlo todo por buscarte,
quiero perderlo todo por hallarte,
quiero ignorarlo todo por saberte.*

*Quiero, amable Jesús, abismarme
en ese dulce hueco de tu herida,
y en sus divinas llamas abrasarme.*

*Quiero, por fin, en Ti transfigurarme,
morir a mí, para vivir tu vida,
perderme en Ti, Jesús, y no encontrarme.*

²⁾ Pedro Calderón de la Barca (Madrid, 1600-1681) sacerdote y escritor, uno de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro español, junto con Lope de Vega y Tirso de Molina.

El eje conceptual del poema es la paradoja cristiana: la cruz, signo de muerte, se presenta como fuente de vida, consuelo y esperanza. Este procedimiento — oponer términos contradictorios (oxímoron) para revelar una verdad superior — entronca con la tradición patristica y con la espiritualidad contrarreformista, muy presente en la literatura religiosa del Siglo de Oro.

El poema no busca la introspección psicológica, sino la claridad doctrinal, lo que explica su lenguaje directo y su reiteración enfática de la idea central.

Destaca el uso de la anáfora “En la cruz...”, tan enfático, como recurso estructurador. La repetición insistente convierte la cruz en un eje visual y simbólico que articula todo el poema, reforzando su carácter espiritualista. Este rasgo ha favorecido su posterior musicalización y uso catequético, alejándolo progresivamente del ámbito estrictamente literario para integrarlo en la religiosidad popular.

Cumplido a plena satisfacción, espero, mi compromiso con los devotos de la revista SILENCIO, que en tanto tengo, lo renuevo para la siguiente, si la cuerda no se rompe. Que, como advirtió Theilard de Chardin: «El futuro no es sólo lo que está por venir, sino lo que está por hacer».



El Aroma del Silencio: El incienso y su unción en La Noche del Jueves Santo Murciano

Luis Ferrer Pinar
Cofrade

Cuando la noche del Jueves Santo se cierne sobre Murcia, el aire se espesa no solo con el recogimiento, sino con el humo aromático del incienso, que precede y envuelve a la sagrada imagen en su tránsito procesional. En ese contexto único de solemnidad y oscuridad, el Cristo del Refugio, titular de la emblemática y querida Procesión del Silencio, desfila entre sombras y oraciones bajo la atmósfera casi mística: siempre va ungido con incienso, símbolo de oración y purificación, mientras su paso dibuja el perfil del Misterio en las calles murcianas.

Este artículo, destinado a la Revista Silencio, pretende reflexionar sobre el valor litúrgico, simbólico y espiritual del incienso como elemento fundamental en la procesión más sobrecogedora de la Semana Santa murciana.

El Incienso: Aroma de Dios y Puente con lo Sagrado
Desde tiempos bíblicos, el incienso se ha utilizado como signo de adoración, purificación y ofrenda espiritual. El Salmo 141,2 expresa: “Suba mi oración como incienso en tu presencia”, estableciendo una conexión entre el humo que asciende y la oración que se eleva.

En la liturgia católica, el incienso no es solo un homenaje al Santísimo, sino también una forma de santificar el espacio, purificar a los presentes y visibilizar lo invisible. En las procesiones como la del Jueves Santo murciano, el incienso añade una capa estética, sensorial y profundamente espiritual.

El Cristo del Refugio: Siempre Ungido con Incienso
En la noche más sobrecogedora de nuestra Semana Santa, el Cristo del Refugio, acompañado por su co

fradía penitencial, recorre las calles en un silencio solo roto por el rítmico golpear del tambor sordo. Su paso -lento, solemne- está envuelto en el aroma del incienso, que lo unge de manera constante desde su salida en San Lorenzo hasta su regreso al templo.

Este uso continuo del incienso no es solo una tradición: es una declaración de reverencia. Se convierte en una nube litúrgica que lo separa del mundo, lo reviste de eternidad, y lo convierte, para los fieles, en

la imagen viva del Crucificado que atraviesa la ciudad llevando consigo la oración de todo un pueblo.

Simbolismo Litúrgico y Espiritual

El uso del incienso en este contexto tiene múltiples significados:

- Ofrecimiento ritual: el incienso es la oración misma hecha presencia física. En la noche del Silencio, cada bocanada de humo se convierte en un ruego sin palabras.
- Presencia divina: la nube de incienso que rodea al Cristo del Refugio hace visible lo invisible, simbolizando la gloria de Dios que, como el templo de Salomón, descendía en forma de nube.
- Purificación y consagración: al ungir con incienso la imagen, el paso, el aire y el espacio se tornan sagrados. Murcia, por unas horas, se convierte en un santuario itinerante.

El Cristo del Refugio ungido con el incienso no es solo una imagen que desfila; es una teofanía, una manifestación del misterio de la Pasión. El nazareno que acompaña siente cada paso y cada bocanada de humo es una oración compartida, un instante de eternidad entre calle y cielo.

La imagen se convierte, gracias al incienso, en un símbolo aún más elocuente: el Cristo que se deja ver entre nubes de aroma no necesita palabra ni música, solo silencio, fe y sentido.

En la noche del Jueves Santo, el incienso no adorna, consagra. Y en Murcia, cuando el Cristo del Refugio avanza entre tinieblas, ungido por el humo sagrado, la ciudad entera se convierte en una gran oración. El incienso envuelve, santifica eleva. Une la tierra con el cielo, la fe con el alma, el dolor con la esperanza.

Así el incienso en la Procesión del Silencio no es solo tradición: es la manera en que Murcia, cada año, ofrece su alma al Crucificado desde lo más profunda del silencio.

“Siempre va ungido con incienso, símbolo de oración y purificación, mientras su paso dibuja el perfil del Misterio en las calles murcianas”

La Fe es nuestro refugio

José Fidel Saura Guerrero

Cofrade

Vivimos tiempos difíciles para la fe, es cierto que la vida de los cristianos nunca ha sido fácil a lo largo de la historia, la persecución permanente, la muerte de cristianos por defender su fe, las burlas a las creencias religiosas y los ataques a la Iglesia y a sus fieles han sido una constante desde la aparición de Jesucristo y perdura hasta nuestros días. Resulta difícil comprender que el mensaje de amor, que es el eje vertebrador de la fe y que guía el comportamiento de los creyentes, sea objeto de agresiones constantes.

Pero al igual que existe el día y la noche, la luz y las tinieblas, existe también el bien y el mal. Los hombres fueron creados por Dios con libertad para actuar y, siendo conscientes de sus mandamientos y la recompensa de la vida eterna, podemos seguir el camino que estimemos conveniente. Así, podemos elegir entre la fe y la certeza de la existencia de Dios y de su hijo Jesucristo o, bien, optar por el agnosticismo y el descreimiento total.

En base a esa libertad de elección, asistimos en la actualidad a una degradación social en lo que se refiere a la pérdida paulatina de virtudes, valores, a una

creciente insensibilidad por el prójimo y a una falta de humanidad ante tantas desgracias y calamidades que azotan nuestro mundo como son el hambre, las desigualdades, las guerras y el sufrimiento de los demás, entre otras. Cada vez, se imponen con más fuerza la envidia, el egoísmo, la vanidad, el desprecio por la vida y toda una serie de comportamientos que están en las antípodas del mensaje de amor que nos enseñó Jesucristo.

En definitiva, la fe en Dios ha ido perdiendo terreno frente a lo terrenal, el mal gana terreno al bien y el apego a las cosas materiales prevalece sobre la espiritualidad. Dicho de otra manera, las personas nos hemos ido apartando del camino de la Fe.

Y es que, según algunos, nuestra fe y nuestra Iglesia, están desfasadas, no están de moda y, por tanto, ahora se debe optar por el desorden en todo tipo de comportamientos, la asistencia de adivinos y chamanes, basar nuestra vida en el horóscopo, el consumismo, practicar terapias de energías desconocidas, confundir la libertad con el libertinaje, celebrar Papá Noel y Halloween, etc..., eso sí, con el pretexto de una libertad y una búsqueda de la felicidad, lo que llamaba el poeta romano Horacio el “carpe diem”.

Sin embargo, estos comportamientos, lejos de lograr la felicidad y la plenitud en la vida, vemos que están generando lo contrario. Las personas están cada vez más perdidas, son más infelices y están más desorientadas que nunca, lo que nos lleva a la conclusión de que, sólo a través de la Fe, poniendo a Dios en el centro de nuestra vida y aplicando en nuestro comportamiento diario las enseñanzas que Jesucristo transmitió a la Humanidad, sólo así, es posible lograr la felicidad, la verdadera plenitud en nuestra vida y tener la esperanza de una vida eterna.

Lo anterior nos tiene que llevar a reflexionar si tenemos una verdadera fe y si nos comportamos como verdaderos cristianos. Vemos con frecuencia católicos que se definen como creyentes pero que no cumplen con los sacramentos, que no se comportan como tales en sus acciones diarias o incluso que se definen como creyentes no practicantes. Es como si alguien dice que es deportista pero no practica

deporte, no se entiende. La fe conlleva compromiso, aceptación y cumplimiento de lo que nos enseñó Jesucristo y de los preceptos de nuestra Iglesia, lo demás no es verdadera fe.

Y no pretendo dar lecciones a nadie porque soy un humilde pecador y porque mi amor a Dios y a su hijo, Nuestro Señor, no es nunca suficiente comparado con el amor que recibimos del Padre, sin embargo, estas y otras reflexiones han estado presentes a lo largo de mi vida y tuve una experiencia personal que me ayudó a crecer en mi fe y a mejorar mi vida en todos los sentidos, así que pensé que, quizás, mis propias vivencias y el “despertar” que tuve en un momento dado, podrían ayudar a otras personas a plantearse una reflexión personal que les facilitara volver al camino de la fe o evolucionar en la misma. Me di cuenta de que Dios nunca nos abandona, su amor siempre está ahí y nos llama constantemente, pero, en muchas ocasiones, estamos ciegos y sordos, no somos capaces de escucharle ni de ver las señales que nos manda. Somos nosotros los que nos apartamos del camino, los que decidimos no estar a su lado, pero Él nunca nos abandona.

Ese distanciamiento viene de forma sutil, dejamos de acudir a la Eucaristía, no nos confesamos con el sacerdote y nos excusamos diciendo que nos confesamos directamente con Dios, nos enfadamos con Él porque nos ocurren contratiempos que entendemos como un castigo que nos ha enviado y que no merecemos, sólo nos acordamos de Él cuando las cosas nos van mal y le pedimos que las solucione pero no le damos gracias por todo lo bueno que tenemos en la vida (familia, salud, amor, etc...), nos apartamos de la oración, en definitiva, nos alejamos de Él pero seguimos teniendo en nuestra conciencia que somos creyentes y que nuestra fe es firme.

Es importante saber ver estas señales y ser conscientes de que debemos tener más compromiso, que lo que interpretamos como un castigo divino y que no nos merecemos es una cruz que Dios nos envía para purificarnos y hacernos volver a su lado, que es una llamada. Y es que, en los tiempos actuales, tener ese compromiso de fe es más importante que nunca. Los católicos debemos ser valientes, aunque seamos minoría, aunque suframos ataques e incompre-

sión por nuestras creencias, no debemos dejarnos arrastrar por modas, ya que sabemos que estamos en el lado correcto y tenemos que alzar la voz para ayudar a otras personas a encontrar la fe, la plenitud en la vida y, en definitiva, tal como dijo Jesucristo, ayudarles a encontrar el camino, la verdad y la vida. Por ello, deberíamos dedicar un tiempo a reflexionar sobre nuestra vida, sobre si nuestra fe es sólida, si estamos comprometidos con la Iglesia, si nuestro comportamiento es cristiano y si cumplimos los preceptos que Cristo nos enseñó. Esa reflexión es el punto de partida para trazar un plan que nos lleve al arrepentimiento, a pedir perdón a Dios por haberle abandonado y a aprender a amarle a través de nuestra oración y con un comportamiento acorde a sus enseñanzas. Nunca es tarde, Él siempre perdona y siempre nos acogerá con alegría si queremos volver a su lado, tal y como nos mostró a través de la parábola del hijo pródigo.

Ahora, tenemos próxima nuestra Semana Santa, cuyo sentido es conmemorar la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, quizás sea un buen momento para vivirla con el verdadero sentido de la fe. Nuestra procesión se caracteriza por el silencio, la espiritualidad, por el recogimiento y cobra todo su sentido cuando reflexionamos sobre la crucifixión, donde Dios envió a su propio Hijo a la muerte para que pudiera redimirnos de nuestros pecados. El silencio sobrecogedor de nuestra procesión es un buen momento para orar, para reflexionar y darle gracias por el sacrificio que hizo por la humanidad, por su amor y por no abandonarnos nunca a pesar de nuestros pecados, incluso aunque nos apartemos de Él.

Estar cerca de nuestro Cristo del Refugio no es ir cerca del paso donde se representa con magnífica belleza y majestuosidad esa talla escultórica, no es salir en la procesión para después, una vez acabada, nos olvidemos de Él hasta el año siguiente, ir cerca del Cristo del Refugio es buscarle con fe, ser apóstol en lo cotidiano, tenerle presente cada día y, si así lo hacemos, nuestro Cristo del Refugio caminará a nuestro lado en la procesión, aunque seamos los últimos de la misma y nos acompañará cada día del año.

No desaprovechemos la oportunidad, busquemos

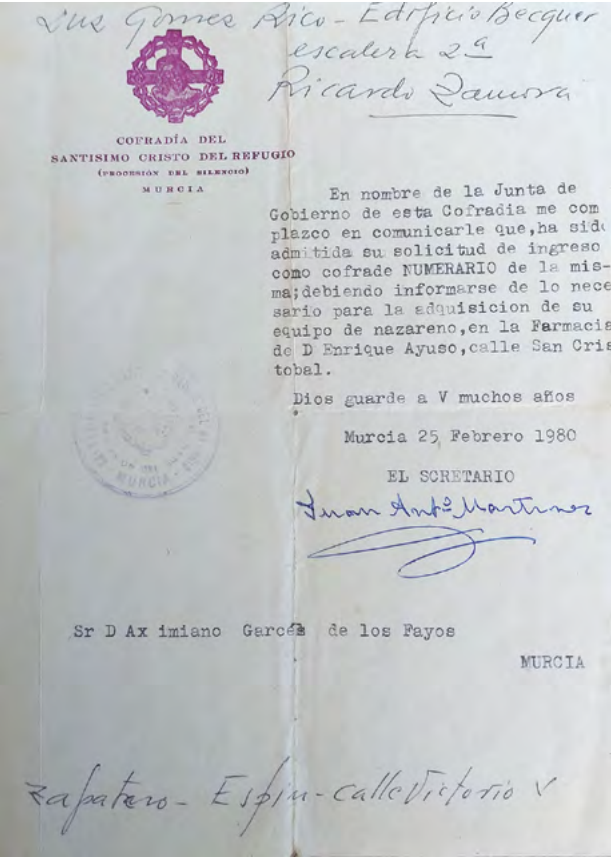
Que suerte tenéis de vivir en Murcia

Maximiano Garces de los Fayos Sostoa
Cofrade



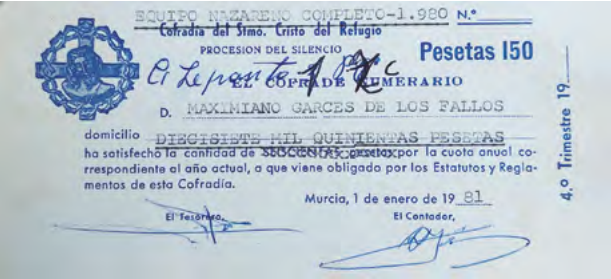
Como muchos sabéis, por cosas de la vida vivo fuera de Murcia tras residir muchos años en ella. Durante esos años visitaba San Lorenzo para ver a nuestro Cristo, sin imaginar, qué pasado un tiempo, no podría hacerlo. Al estar fuera de Murcia, tachaba en el calendario los días para aliviar la espera por volver a verle. En cuanto podía venir a ver a mis padres, juntos íbamos a San Lorenzo a hacer la visita de rigor y pedirle por la salud de todos.

Para llevar mejor esta ausencia, me llevé todo lo que tenía guardado: papeles y demás artículos que tenía acumulados en mi habitación. Al principio solo los miraba con nostalgia y los volvía a guardar en la caja, pero cuando estuve muy fastidiado, tras salir de la enfermedad innombrable con la que sigo peleando, tuve mucho tiempo en casa para ordenarlo todo y recordar mi paso por la Cofradía.



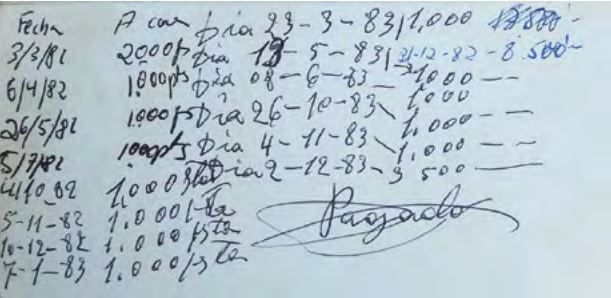
El primer recuerdo que tengo es ir a la farmacia de Don Enrique Ayuso, en la calle San Cristóbal, con mucha vergüenza. Pero me encontré con la persona más amable del mundo y, en la rebotica, le di mis datos. Salí feliz a la calle y fui a San Lorenzo a decirle al Cristo que pronto estaríamos juntos en la procesión.

Tras recibir la carta de admisión, y con los mismos nervios, fui a que me hicieran la túnica. Tuve que ir a tomarme las medidas dos veces; no se creían la cantidad de tela que tenían que cortar y tuvo que subirse en un perigallo para tomarme las medidas, pues me tocó una modista de baja estatura. Luego, en el zapatero, me comentó que tenía que cobrarme el doble por mi número de pie, pues gasto un 50.



Cuando me avisaron que tenía todo preparado, no podía contener la emoción. Al ver mi túnica y probármela, me di cuenta de que había cumplido un sueño: salir en la procesión del Refugio.

Fue algo muy personal, que ni mis amigos lo sabían. Se dieron cuenta cuando empecé a faltar a nuestra cita en Santo Domingo, donde siempre quedábamos para ver la procesión, por lo que tuve que descubrirme. Entre los antiguos quioscos de Santo Domingo, siempre estaban Don José Carmona y su mujer Fuensanta, que con un pequeño gesto sabían que era yo.



En Murcia convivimos con otras cofradías, todas con un gran sentimiento, pero en el Refugio, desde que te vistes la túnica y prometes silencio, tienes tiempo para reflexionar sobre todo el año transcurrido y sobre todos los deseos que guardas para los demás.

Tengo un recuerdo muy especial de la forma que pagué mi equipo de nazareno, como lo describe el recibo que conservo. No quise que lo pagaran mis padres en su totalidad, pues era un sentimiento mío y, aunque ellos estaban felices de que perteneciera a esta Cofradía, quería que el pago fuera fruto de

mi esfuerzo. Conservo el talonario con los pagos mensuales. Esto, para muchos cofrades nuevos, les parecerá un poco raro, pero así pueden ver cómo se funcionaba en los años 80.

Cada mes venia un señor a casa, que luego me enteré de que era un policía municipal, pues le vi un día regulando la circulación en una calle de Murcia. Con ayuda de mi madre, ¡qué sería de nosotros sin nuestras madres!, pagaba las mil pesetas mensuales. Estoy convencido que algún mes que no coincidiera conmigo el cobrador, mi madre adelantaba el dinero. Por eso insisto qué sería de nosotros sin nuestras madres. Con la túnica en perfecto estado, quedaba la visita al bar de Pepe para recoger el escapulario y los tiques de salida. Siempre fue una persona muy especial para mí; con sus consejos de colocación de la túnica y orden en la procesión, me ayudó mucho a tranquilizarme en mi primera salida. Nunca olvidaré que me indicó que me hiciera unos manguitos para que no se viera nunca el color de la camisa que llevaba. Más tarde, tuve la gran satisfacción de ser nombrado, junto a los hermanos Robles Mas, para portar el estandarte de la Cofradía. Tras estos 45 años portándolo, le pido fuerzas a nuestro Cristo para poder llevarlo durante todo el tiempo que me sea posible.

Durante estos años, y por añoranza de nuestro Cristo, he recopilado una serie de recordatorios, tarjetas, propaganda, y todo aquello relacionado con nuestra Cofradía. Pero el más preciado de mis objetos es un rosario el cual me acompaña: estuvo conmigo en la UCI y también cuando salí en silla de ruedas, sin poder andar ni hablar. Ese rosario, representación de nuestra amada procesión, escuchó todos mis rezos para poder volver a salir con todos vosotros.

Al verlo la gente, les parece que estamos desfasados, pero no conocen el sentir y la fuerza que nos da nuestro Cristo. Todos estos objetos que he ido recopilando, el día que yo falte, irán al archivo de la Cofradía, si les parece bien a los miembros de la junta, para que los cofrades jóvenes y no tan jóvenes vean como se hacía en otras épocas.

Para terminar, quisiera pedir a los nuevos cofrades que, cuando pasen por San Lorenzo, entren a saludar a nuestro Cristo. Cuesta muy poco. Él que nos escucha incluso en la distancia, agradece una visita, aunque sea corta.

Por eso digo: que suerte tenéis de vivir en Murcia.

La Cantera

José Pedro Moreno Díaz

Cofrade

En primer lugar, quiero agradecer al Hermano Mayor, Ignacio Sánchez-Parra, la oportunidad de publicar un artículo en nuestra revista Silencio, en este año en el que se cumplen veinticinco años desde mi incorporación a la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio.

Si bien mi entrada en la misma fue tardía, ello se debió a que desarrollé toda mi trayectoria profesional fuera de Murcia. Fue en el año 2000 cuando regresé a mi querida y entrañable tierra, a mi ciudad, Murcia, donde tuve la oportunidad de ir cumpliendo la mayor parte de los sueños que no había podido realizar años antes. Y, sin duda alguna, uno de ellos fue poder incorporarme a nuestra Cofradía.

Aunque en mi adolescencia había sido cofrade de otra de nuestras amadas cofradías, la del Santísimo Cristo del Perdón, tanto mi ilusión como mi devoción siempre fueron las de pertenecer al Cristo del Refugio, al que veía de pequeño junto a mis padres y hermanos en la plaza del Cardenal Belluga. Lo contemplaba boquiabierto y en silencio, con respeto hacia aquellos cofrades de negro que portaban velas y no repartían caramelos; tembloroso ante esa escolta sin fin que acompañaba a una sola imagen, a nuestro Cristo del Refugio. Miles de personas que, en el más respetuoso de los silencios — solo interrumpido por los cantos de alguno de los coros que lo acompañan durante el recorrido —, vivían una experiencia única, más aún cuando el día anterior veníamos de presenciar una de las grandes procesiones de Murcia, la de mi barrio, El Carmen, la Archicofradía de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, o, abreviadamente, la de “los coloraos”. Y fue ese Jueves Santo cuando ya nunca dejé de soñar con ser uno de esos nazarenos de oscuro que escoltaban a un solo Cristo.

Así fue como, treinta y ocho años después, tuve la gran suerte y el honor de ser aceptado en la Cofradía y sentir desde dentro lo que significaba ser cofrade del Cristo del Refugio. Mi sueño se había hecho realidad, y solo fui verdaderamente consciente de ello cuando desfilé por primera vez en la procesión. Esa hora previa, dentro de la iglesia, rodeado de otros cofrades, oliendo a incienso, observando el ir y venir de los mayordomos organizando el desfile; a los invitados en silencio junto al altar; al coro preparándose para en-

tonar el primer cántico a nuestro Cristo; a los portadores del trono; a las manolas desprendiendo elegancia, devoción y luto; a las autoridades presentando sus respetos; a los tamborileros afinando los tambores, y al encendido de las velas de los cofrades...

Sí, después de aquella noche han venido veinticuatro más, pero siempre permanecerá en mi recuerdo la primera, del mismo modo que uno recuerda su primer beso, su primer baño en el mar o su primer día de trabajo.

Cuando Ignacio me propuso escribir un artículo para la revista, le pregunté si debía tratar algún tema en particular, y me respondió que era libre: que escribiera algo relacionado con mi experiencia como cofrade, sobre cómo vivo el Jueves Santo o sobre mi encuentro personal con el Cristo del Refugio. Y es precisamente de este último encuentro del que todavía no había hablado. Pues bien, lo principal para creer tanto en nuestro Cristo del Refugio como en el resto de Cristos que nos acompañan en la Semana Santa es la fe, entendida como la convicción profunda y la confianza en algo que no se ve ni se puede probar empíricamente. Esta fe siempre me ha acompañado desde aquel Jueves Santo de hace años. Sin embargo, en mi caso particular, puedo decir que he tenido la oportunidad, hasta en nueve ocasiones, de materializar la fe en evidencia: nueve veces en las que la vida me ha concedido un nuevo amanecer. Y eso solo puede ser gracias a Dios y a su Hijo en la tierra, Jesucristo, y, entre todos los que recorren las calles de Murcia y del mundo, a mi Cristo del Refugio, por hacer empírica su existencia en mi propia persona.

Ahora bien, dejando a un lado mi devoción y su razón de ser, no debemos olvidar que pertenecer a una cofradía es mucho más que desfilarse una vez al año acompañando a nuestro Cristo por las calles de Murcia. Es algo más que una tradición, algo más que un “estallido de silencio”; es algo que debe mantenerse y amarse a lo largo de muchas generaciones.

Este año hemos visto noticias relacionadas con la suspensión de determinadas procesiones por falta de cofrades, o la unión de algunas de ellas con el fin de poder salir en Semana Santa. Y este es el objeto de mi artículo: La cantera. Porque,

por mucha fe, devoción, ilusión y entrega que tengamos los actuales cofrades, si no contamos con jóvenes que tomen nuestro relevo, antes o después nos veremos abocados a desaparecer, algo que, gracias a Dios, no ocurre en nuestra Cofradía.

En el mundo actual, tanto a nivel global como en España, donde la manipulación de las noticias se da casi por hecha, donde es más noticia la muerte de un perro que la de más de mil católicos en Nigeria, o el incendio de una casa ocupada que el de decenas de pequeñas iglesias en países musulmanes, no podemos olvidar tampoco el papel de los influencers entre los jóvenes a través de las redes sociales.

Pero, curiosamente, y a pesar de no ser noticia para la inmensa mayoría de los medios de comunicación de nuestro país, nos encontramos con unos influencers que nos devuelven la esperanza en las generaciones que nos siguen. Una generación denominada la del “catolicismo centennial”, en la que un número cada vez mayor de jóvenes está experimentando un “giro católico”, como lo define la periodista Fuensanta Carreres. No dejan de surgir nuevos influencers católicos, entre la esperanza de unos — entre los que me incluyo — y el recelo y temor de otros, en un entorno donde hasta hace poco dominaban las redes sociales y los medios de comunicación predicando la llamada “religión woke”, que tanto daño ha hecho a nuestros jóvenes.

Rosalía con su último disco, el grupo musical Hakuna Group Music o la película Los Domingos son solo algunos de los miles de ejemplos de este movimiento en nuestro país. Pero este fenómeno no se limita a España. Con motivo del reciente Jubileo celebrado en junio en Roma, fueron miles los jóvenes que propagaron por las redes sociales este resurgir de la fe, no solo a través de jóvenes, sino también mediante sacerdotes y religiosas que han sabido transmitirla de forma digital. Ya no se trata únicamente de leer los Evangelios los domingos en las iglesias, sino de transmitir la fe con el lenguaje actual de las redes sociales, demostrando que se puede ser joven, moderno, católico, tener principios y amar a Dios. Los Evangelios no cambian; cambia la forma de transmitirlos y de que los jóvenes los sientan y los expresen con orgullo al resto del mundo. De esta manera se recuperan la esperanza y la fe en ellos,

que son los encargados de continuar con nuestra tradición occidental, basada tanto en el Derecho Romano como en el humanismo cristiano, pilares de nuestra cultura y de nuestra fe, aunque algunos lo vean como un movimiento reaccionario promovido por quienes piensan de forma diferente. Somos Europa, por mucho que a algunos les pese, y aquí me detengo para poner como ejemplo la bandera de Europa.

Esta está compuesta por un círculo de doce estrellas doradas sobre un fondo azul, y apenas nadie conoce su significado. El azul representa el cielo occidental, simbolizando claridad, estabilidad y paz. El círculo con doce estrellas doradas simboliza la solidaridad y la armonía entre los pueblos de Europa, y el número doce no representa a los países fundadores de la Unión Europea, sino a los doce apóstoles.

Por ello es tan importante que las voces de esta nueva generación se hagan oír cada día con más fuerza y que, además de difundir la fe, participen en todos los actos que ello conlleva, y uno de esos actos se manifiesta en la Semana Santa y en sus procesiones.

En la de nuestra Cofradía, compuesta por más de setecientos cofrades, según me transmiten, se están incorporando cada vez más jóvenes, tanto hombres como mujeres, alrededor de unos veinte nuevos cofrades, lo que mantiene viva la llama que en el año 1943 procesionó por primera vez por las calles de Murcia, haciendo voto de silencio en honor a nuestro Cristo del Refugio.

Para finalizar, en un mundo lleno de guerras, conflictos políticos, individualismo, pandemias, catástrofes naturales y desinformación, este resurgir de la fe entre los jóvenes anima a los mayores a mantener la esperanza y a pensar que, después de todo, no lo estamos haciendo tan mal.

*Viva el Santísimo Cristo del Refugio.
Viva la Procesión del Silencio.
Vivan todos los jóvenes de Murcia, Europa
y el resto del Mundo.*

“Por ello es tan importante que las voces de esta nueva generación se hagan oír cada día con más fuerza y que, además de difundir la fe, participen en todos los actos que ello conlleva, y uno de esos actos se manifiesta en la Semana Santa y en sus procesiones”

En ti encontramos Refugio, Señor

Vicente Martínez Ruiz
Cofrade

En esta noche sagrada de Jueves Santo, cuando las calles se llenan de silencio sepulcral y los corazones se tornan oración, contemplamos la figura bendita del Santísimo Cristo del Refugio, aquel que abre sus brazos para ofrecer al mundo un hogar donde reposar.

Que esta noche, al mirar al Cenáculo, podamos escuchar en silencio la voz de Jesús: “Aquí estoy. Me quedo contigo. Ama tú también como Yo te amo.” “El Señor se inclinó... y nos amó hasta el extremo”. Jueves Santo, que las calles se hacen templo, el silencio se vuelve oración y la luz de los cirios abre camino en la oscuridad, ¡Jesús!, desde su paso, vuelve a hablarnos.

Hoy contemplamos al Señor que se inclina, que deja la grandeza para hacerse pequeño, que lava los pies del hombre para levantar su dignidad. En ese gesto humilde, Cristo nos dice a cada uno:

1- “No temas tu fragilidad. Déjame amarte tal como eres.”

Jueves Santo es la noche en la que el Pan se vuelve Presencia y el Cáliz se vuelve Alianza. Es la noche en la que el Amor decide quedarse, para que ningún corazón camine solo, para que ninguna herida quede sin consuelo. Mientras avanza el paso, recordamos que el Dios que contemplamos no viene a juzgar, viene a sanar, a perdonar, a sostener cada vida que se siente cansada. Desde el Cenáculo, Jesús nos entrega su mandamiento nuevo:

Amar como Él nos ama. Amar sirviendo. Amar levantando. Amar sin especulaciones, sin cálculos, sin fronteras. Y al contemplarlo procesionar entre nuestras calles, al sentir su paso lento y cercano, escuchamos en lo más hondo una voz sutil y eterna que nos dice:

*“Estoy contigo. Me quedo contigo.
Lleva mi amor donde falte esperanza.
Lava los pies de los que sufren.
Abraza a los que lloran.
Ama tú también... como Yo te amo.”*

Él camina entre nuestras calles como amparo y esperanza para los hastiados, consuelo para los que lloran, luz para quienes caminan en las tinieblas. Y en su mirada serena y herida vuelve a decirnos:

2- “Aquí estoy para ti. Ven y refúgiate en Mí.”

El Señor del Refugio, que se inclinó a lavar los pies de sus discípulos, nos muestra que la grandeza de Dios se mide en el espíritu del servicio. En ese gesto, nos recoge, nos sana, nos levanta y nos recuerda que nadie está demasiado roto para su misericordia.

Esta noche, el Cristo del Refugio viene a renovar su promesa: permanecer para siempre, permanecer en el Pan consagrado, fijarse en cada alma herida, quedarse en esta Cofradía que lleva su nombre y su misión.

Ante Él comprendemos que el Jueves Santo no es solo memoria, sino encuentro vivo con un Dios que se entrega sin reservas y que convierte nuestra PROCESIÓN en un ABRAZO que nos acoge y nos sana.Desde su paso, el Santísimo Cristo del Refugio nos llama a abrirle nuestra historia, a confiarle nuestras sombras, a dejar que su amor entre donde más duele.

Y nos envía también a ser REFUGIO para e prójimo, REFUGIO para el que padece, REFUGIO para el que no encuentra esperanza, REFUGIO para el que ya no tiene fuerzas para seguir. Mientras la procesión avanza, mientras el incienso se eleva y la noche se vuelve sagrada, escuchemos su voz silenciosa:

*“No tengas miedo. Yo soy tu REFUGIO.
Reposa en Mí, déjate amar, y lleva mi
consuelo al mundo.”*

Santísimo Cristo del Refugio, te encomendamos a todas las almas de nuestros cofrades fallecidos para que gocen de tu presencia y que esta noche, bajo TÚ mirada bendita, nuestros corazones encuentren cobijo y nuestras vidas aprendan a reflejar TÚ amor.



El Silencio en Murcia













La Capilla del Cristo del Refugio

Manuel Ayuso Medina

Cofrade

La capilla del Cristo del Refugio constituye uno de los espacios devocionales más significativos de la iglesia parroquial de San Lorenzo, no solo por albergar la venerada imagen del Santísimo Cristo del Refugio, sino también por su profunda carga histórica, espiritual y cofrade.

La capilla fue construida siguiendo el diseño del arquitecto y cofrade don Joaquín Dicenta Vilaplana, quien además dirigió personalmente los trabajos de su ejecución, realizados por el constructor Nicolás Martínez. El proyecto fue concebido con la intención de dotar al Titular de la Cofradía de un marco digno, solemne y acorde con la devoción que despertaba.

El frontal de la capilla presenta una cuidada composición arquitectónica, formado por dos columnas de imitación a mármol verde, que sostienen un arco decorado con oro. En la clave de dicho arco figura el escudo del Excmo. y Rvdmo. D. Miguel de los Santos Díaz y Gómara, obispo de la diócesis, cuya presencia no es casual y anticipa el papel fundamental que desempeñó en la historia de esta capilla.

Tras el pórtico se eleva un gran plano de mármol rojo que actúa como fondo inmediato del altar y, sobre el cual se apoya la imagen del Santísimo Cristo del Refugio. A ambos lados se sitúan seis cilindros de imitación a mármol, dispuestos de menor a mayor altura, concebidos como soportes para candelabros y adorno floral. Cerrando y envolviendo el altar, una escoria de yeso rodea el plano de mármol, dejándolo parcialmente al aire, y se remata con una delicada trepa de oro que aporta riqueza ornamental.

Sin embargo, al hablar de esta capilla resulta imprescindible detenerse en la figura del obispo Díaz Gómara, cuya implicación con la Cofradía del Refugio fue mucho más allá de los deberes formales de su cargo. No se limitó a firmar el Decreto de Erección Canónica, sino que se comprometió activamente con su devenir, apoyándola de manera constante y generosa, tanto espiritual como económicamente. Presidió la procesión del Silencio prácticamente todos los años desde su regreso a Murcia, presidió los cabildos generales y las eucaristías de acción de gracias que se celebraban el último día de los quinaros. Pero su generosidad quedó plasmada en la donación

de la Capilla del Cristo del Refugio, cuya financiación asumió íntegramente. No obstante, fiel a su carácter humilde y discreto, impuso dos condiciones: que su donación permaneciera en el más absoluto anonimato y condicionando también la fecha de su inauguración.

Este dato fue cuidadosamente ocultado a los cofrades, y así quedó reflejado en la Memoria correspondiente al año 1944, donde se recoge el siguiente testimonio:

“... un cristiano nobilísimo, de corazón caritativo y generoso, enamorado de nuestro Cristo, ofreció con rasgo magnífico, la construcción a su costa, del altar para nuestro Titular en la Iglesia de S. Lorenzo, condicionado solamente por la fecha de inauguración y por la del más riguroso incognito, que aun más le enaltece y le honra...”

La fecha de la inauguración estaba condicionada a la posibilidad de que el obispo pudiera encontrarse en nuestra diócesis, ya que en aquellos años Díaz Gómara compaginó su labor como prelado de Murcia con la de administrador apostólico de Barcelona, deseando lógicamente ser él quien la inaugurara. En 1944, una vez que había dejado definitivamente la Diócesis de Barcelona —año en el que, además, presidió por primera vez la Procesión del Silencio—, y concluidas las obras de la capilla, se decidió que su inauguración tuviera lugar el domingo día 17 de septiembre.

El acto se realizó con toda solemnidad acorde a la importancia del acontecimiento. A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana, la iglesia de San Lorenzo se encontraba abarrotada de fieles; cofrades

y parroquianos llenaban el templo para asistir a tan señalado acontecimiento. El obispo, revestido con capa pluvial, báculo y mitra, fue recibido a las puertas del templo por el párroco y abad don Manuel Nadal, la Junta Directiva de la Cofradía, el canceller del Obispado don Antonio Conejero, que además era capellán de la Cofradía, y don Moisés de la Fuente, canónigo de la Santa Iglesia Catedral.

Desde allí, el prelado accedió al interior del templo bajo palio, cuyas varas fueron llevadas por miembros de la Junta Directiva, y ocupó un sitio de honor dispuesto para él en la parte del evangelio del nuevo altar. Antes de comenzar la ceremonia, permaneció unos instantes en oración, recogido ante la imagen del Santísimo Cristo del Refugio.

A continuación, bendijo el altar y realizó la ceremonia de bendición e imposición de medallas a los cofrades adscritas, celebrando a continuación una misa de Comunión General.

Finalizada la ceremonia litúrgica, la Cofradía entregó al señor obispo una placa conmemorativa en recuerdo del acto, tras lo cual abandonó el templo con el mismo ceremonial de su llegada.

Terminado este acto, el Hermano Mayor don Ramón Sánchez-Parra García, invitó al obispo y a los miembros de la Junta Directiva a un desayuno en su domicilio. Conviene recordar que, en aquella época, para recibir la comunión había que guardar ayuno desde la media noche del día anterior, por lo que este gesto no solo constituyó una muestra de cortesía y agradecimiento, sino también una necesidad dada la hora que debió terminar esta ceremonia.

Esta es la historia de la capilla donde podemos contemplar la impresionante imagen del Santísimo Cristo del Refugio, aunque no siempre ha estado allí, ya que, desde la Cuaresma de 1971 hasta diciembre de 1999, estuvo en la hornacina del altar mayor, presidiendo la iglesia, pasando durante este periodo la imagen de San Lorenzo a ocupar la capilla del Cristo. Pero esto ya es otra historia.



*“No tengas miedo.
Yo soy tu REFUGIO.
Reposa en Mí, déjate
amar, y lleva mi consuelo
al mundo.”*





*“ Ir cerca del Cristo del Refugio
es buscarle con fe, ser apóstol en lo
cotidiano, tenerle presente cada día
y, si así lo hacemos, nuestro Cristo
del Refugio caminará a nuestro
lado en la procesión, aunque seamos
los últimos de la misma y nos
acompañará cada día del año.”*





*Memoria
de actos*

ENERO

El **29 de enero**, en el salón de actos de la casa parroquial de san Lorenzo, se celebró el reglamentario Cabildo de Cuentas.

FEBRERO

El **27 de febrero**, ante el altar del Santísimo Cristo del Refugio, se celebró una solemne eucaristía en acción de gracias por la culminación de su restauración después del incendio acaecido en diciembre de 2023. La ceremonia fue concelebrada por nuestro Abad Rvdo. D. Javier Crespo y el Rvdo. D. Felipe Ferreres, en un ambiente de profunda devoción y gratitud.

Asistieron los miembros de la Junta Directiva, así como los miembros del Cabildo Superior de Cofradías, Nazareno del Año y Pregonero de la Semana Santa, entre otros.

El **20 de febrero** tuvo lugar, en la filmoteca Regional, la XVII Charla de Formación. Bajo el título “Un paseo científico por la procesión del Cristo del Refugio”, una conferencia a cargo de D. José Manuel López Nicolas, Catedrático de Bioquímica y Biología Molecular de la UMU.



MARZO

El día **15 de marzo**, participamos con nuestros tambores en “Vía Passionis” haciendo un llamamiento a los murcianos para nuestra Semana Santa.



El **día 27**, tercer día del quinario, se celebró la bendición e imposición de medallas a las nuevas cofrades adscritas.



El **día 25**, primer día del quinario, se celebró la ceremonia de Investidura de Túnica e Imposición de Escapularios a los nuevos cofrades.



Del **25 al 29 de marzo**, se celebró el Solemne Quinario en honor al Santísimo Cristo del Refugio.

El **día 29**, al finalizar el último día del quinario, la Coral Discantus representó su Drama Sacro “GETSEMANI”



El **día 28**, al finalizar el cuarto día del quinario, se presentó el número veintisiete de la revista Silencio. El presentador de este número fue don Ramón Sánchez-Parra Servet que se hizo acompañar por la Tuna de Magisterio de la Universidad de Murcia.

El día **10 de abril**, en el salón de actos de la casa parroquial de San Lorenzo, se celebró el reglamentario Cabildo de Procesión.

El día **15 de abril**, nos visitó en nuestra sede la Convocatoria de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Sangre.



El día **22 de junio**, una representación de nuestra Cofradía participó en la Procesión del Corpus.



El día **13 de abril**, nos visitó en nuestra sede la Convocatoria de la Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón.



El día **17 de abril**, Jueves Santo, salió un año más la Procesión del Silencio.

ABRIL

JUNIO

SEPTIEMBRE



El día **21 de abril**, nuestra Cofradía participó en la ofrenda de Flores a nuestra Patrona la Virgen de la Fuensanta.

El día **30 de abril**, cumpliendo con la tradición, colocamos, en la puerta de San Lorenzo, un altar con una gran cruz de flores, ante la que cantaron "Los Mayos" distintas peñas huertanas.



El día **22 de abril**, con motivo de la procesión del día del Bando de la Huerta, recibimos a nuestra Patrona la Virgen de la Fuensanta, en la puerta de la iglesia de San Lorenzo.

El día **28 de septiembre**, en el Teatro Romea, el Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías, celebró su Gala de Distinciones Nazarenas, donde nuestra cofrade Teresa Jesús Rodríguez Hernández recibió, de manos de nuestro Hermano Mayor Ignacio Sánchez-Parra, su distinción de Cofrade de Honor de la Cofradía del Refugio.





El día **8 de noviembre**, como celebración del aniversario de la fundación. Después de la eucaristía se entregaron las distinciones del año 2025 que correspondieron:

Nazarena de Honor 2015:

-Teresa Jesús Rodríguez Hernández

Cofrade Distinguido:

-Emilio Sánchez-Parra Jaén

Cofrade Adscrita Distinguida:

-Consuelo González Sánchez

Cofrade Porta pasos Distinguido:

-Francisco José Moya y Faz

Menciones Especiales:

-Filmoteca Regional

-Higinio Martínez Morote

-Asociación de Nazarenos Murcianos

-Antonio Barceló López (Nazareno del Año 2025)

XXV Memorial Ramón Sánchez Parra Jaén:

-Orfeón Murciano Fernández Caballero

Insignia de Oro:

Ramón Sánchez Parra Servet

El día **7 de diciembre**, participamos en la ofrenda de flores ante el monumento de La Inmaculada Concepción.



OCTUBRE

NOVIEMBRE

DICIEMBRE



El día **28 de octubre**, recibimos en la iglesia de San Lorenzo, la visita del Pregonero de la Semana Santa 2026, don Jerónimo Salmerón Tristante.



El día **29 de noviembre**, se realizó la Campaña de Recogida de Alimentos en colaboración con Caritas.



COFRADÍA DEL
SANTÍSIMO CRISTO DEL REFUGIO
(PROCESIÓN DEL SILENCIO)
MURCIA



COFRADÍA DEL STMO. CRISTO DEL REFUGIO. PARROQUIA DE SAN LORENZO. MURCIA



